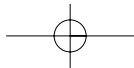
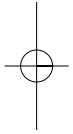


*A mis dos hermanas
Y a todos los hijos e hijas de gays y lesbianas*



Prólogo

He decidido desnudarme. Tomé esta decisión, empujada por la rabia y a la vez por la ilusión, el día que empecé a oír opiniones diversas, a menudo desinformadas, sobre el matrimonio de gays y lesbianas, y sobre la posibilidad de adoptar niños.

No soy en absoluto una exhibicionista, pero considerando mi situación e impelida por lo que siento desde que empezó este debate, tengo la imperiosa necesidad de contar todo lo que encontraréis en este libro: mi experiencia personal como hija de una pareja lesbiana.

Escribo para intentar dar un pequeño empujón más a este mundo, a este engranaje tan lento, que parece que nunca acabe de arrancar. Por lo tanto, sin querer en ningún momento ser demasiado pretenciosa, desearía que fuera un libro para todo el mundo. Y aquí, desde mi punto de vista, está la diferencia entre el *para* y el *por*. Es, como digo, un libro para todo el mundo, porque yo, por supuesto, querría que lo leyera todo el mundo. Pero es un libro que está escrito pensando en dos colectivos, que son su núcleo y sus destinatarios principales, cuya existencia espero

contribuir a mejorar con mi modesta aportación. Me refiero al colectivo de hijos de gays y lesbianas, al cual pertenezco, y, como ya imaginaréis, al colectivo de gays y lesbianas, al cual pertenecen mis madres. ¡Va por vosotros!

Va por los hijos de las familias homoparentales, porque todos los niños tienen derecho a vivir en paz, a ser aceptados por todo el mundo, a hablar de la familia en voz alta y con tranquilidad, sin tener que inventarse historias ni vivirlo en silencio.

Va por los futuros padres y las futuras madres que se planteen la posibilidad de estar metiendo a sus hijos en un lío, o que quizá se sientan culpables por cargar sobre sus hijos su propia condición sexual. No hay ninguna razón para tener miedo.

Pues bien, al fin ha llegado la hora de proclamar mi condición; empiezo a oír otras voces y sé que se ha terminado el tiempo del silencio. Ahora me siento fuerte y, a los veintinueve años (¡por fin!), empiezo a creer que me da absolutamente igual lo que piense la gente, que quizá ahora sean los homófobos los que tengan que esconderse debajo de las piedras. Os cedo amablemente el sitio. Yo también quiero salir del armario. Quizá os parecerá banal pero yo, en estos últimos meses en los que he encadenado entrevistas y alguna conferencia, me he sentido, y me siento, como un muelle enorme que ha saltado después de muchos años de estar oprimido. Y no es que no le haya contado nunca a nadie mi situación, ni que fuéramos una familia aislada, sin un montón de gente a nuestro alrededor que nos quisiera; pero sólo últimamente he empezado a contar mi vida sin sufrir pensando en el «qué pensarán».

En 1978, dos años después de que yo naciera, mi madre se dio cuenta, o mejor dicho, dejó de ocultarse a sí misma, que era lesbiana. Me quito el sombrero cuando pienso que cinco años después de que la homosexualidad dejara de considerarse una enfermedad, y un año antes de que se suprimiera la Ley de Peligrosidad Social, mi madre tuvo la valentía de plantarse delante de mi padre y decirle que le gustaban las mujeres. Él la miró en silencio, con ese silencio prudente que le caracteriza, y la abrazó.

Por fortuna no me acuerdo de la separación de mis padres, que no fue conflictiva en absoluto, ni tengo la suerte de recordar los momentos en que cada uno por su lado empezó a querer a una nueva mujer, mis otras dos madres. Así las cosas, estas dos nuevas familias fueron mi punto de apoyo desde que tengo uso de razón. Ésta ha sido siempre mi situación familiar, que me ha acompañado de forma estable y tranquila.

Desde el momento de la separación, me quedé a vivir con mi madre, y muy pronto pasamos a ser tres. Ellas dos, mi madre biológica y su pareja, se convirtieron en mi núcleo familiar principal. Ni siquiera recuerdo haber tomado conciencia de que tenía dos madres en casa y de que eran pareja; para mí ha sido siempre así, y siento la homosexualidad con tanta naturalidad que desde muy pequeña siempre me pareció un gran misterio y un motivo de sufrimiento el hecho de no entender por qué muy pocos la aceptaban, y aún lloro de rabia y de tristeza cuando pienso que ellas nunca han podido hacer una cosa tan sencilla como pasear por la calle cogidas de la mano, por poner sólo un ejemplo. Ahora, cuando veo parejas de mujeres jóvenes que van de la mano en público, lo vivo como una pequeña victoria e in-

tento no mirarlas demasiado porque yo, como ellas, también espero que llegue el día en que nadie las mire.

Con el tiempo, la convivencia se fue organizando en aquellos turnos desiguales que suelen seguir a los divorcios, pero estas dos familias resultaron estar formadas por cuatro personas curiosamente complementarias. Me atrevería a decir, aun a riesgo de ofender a mis padres biológicos, que mis otras dos madres han hecho que yo sea más completa, y a menudo eran ellas las que me obligaban a acabar la verdura, las que venían a la cama cuando lloraba por las noches, las que me peinaban, me compraban muñecas y me hablaban de sexo.

Por si eso no bastara, los de un lado decidieron tener un hijo. Asistimos al parto mi padre y yo, y, os lo puedo asegurar, mi hermano ya nació dando guerra. En cuanto sacó la cabeza, empezó a dar gritos...

Más adelante, mis madres (desde el punto de vista legal sólo una, naturalmente) decidieron adoptar a una niña. Parece que la estoy viendo; tenía cuatro años cuando fuimos a buscarla, estaba sentada en el suelo con unas gafas de sol de plástico de color verde y fucsia que contrastaban con aquella piel tan oscura, y la sonrisa de oreja a oreja cuando le dijeron que yo era su hermana. Últimamente chatea con mi hermano, y de vez en cuando salen juntos.

Pero por lo visto aún faltaba alguien en la familia, y como la primera adopción había resultado tan estupendamente bien, mis madres decidieron repetir, esta vez con una niña algo mayor. Mi padre y su mujer debieron de sentir envidia porque también se lanzaron a adoptar a otra. A menudo tengo la sensación de que son ellas dos las que nos han adoptado a todos nosotros.

Sé que en principio somos dos familias de cinco, pero cuando sumo, el resultado es de diez personas, y cuando cuento me da nueve. Porque yo pertenezco a ambas, pero sólo soy una. Así que, desde mi punto de vista, toda esta gente es mi gran familia, una gran familia de nueve personas, eso sin contar a mi abuelo, que, con setenta y muchos, frecuenta las reuniones de padres y madres de gays y lesbianas y, según cuenta mi hermana, dice que está muy orgulloso de serlo. Ahora, con mi pareja, espero formar una nueva familia y estaré muy contenta si me sale la mitad de bien.

Al principio de este prólogo he querido explicar los motivos que me llevaron a escribir *Dos madres*. Veréis que he escrito una historia basada fundamentalmente en mi familia materna, que por otro lado es la familia con la que viví durante mi infancia y gran parte de la adolescencia. Sin embargo, no he pretendido escribir mi autobiografía, sino más bien mostrar cuáles son las situaciones en las que se puede encontrar una familia homoparental (que en este caso también está clasificada como reconstituida, étnica y con hijos adoptados); tanto las sencillas anécdotas cotidianas derivadas simplemente del hecho de ser una «familia», como los momentos difíciles, consecuencia (aunque parece que eso se va superando) de ser una familia «homoparental».

Me gustaría que quedara claro que esos momentos difíciles no lo fueron por el hecho de ser una familia homoparental, sino por el trato que hemos recibido por parte de la ley y de la mayoría de la sociedad. Ese trato nos ha obligado a vivir en silencio durante muchos años para ahorrarnos más sufrimientos. Seguro

que leyendo esta historia sabréis reconocer mi realidad, e incluso encontraréis fragmentos escritos por alguna madre colaboradora.

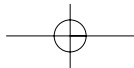
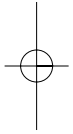
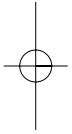
Decidí contar esta historia en orden cronológico inverso porque me parece más optimista mirar el pasado con los ojos del futuro; quizá de esta manera ese pasado se revelará en todos sus aspectos más absurdos. Pero, si lo preferís, leed la historia en el orden natural en el que habría sucedido, es decir, invertid el orden de los capítulos.

Si en algún momento mi historia os parece triste, pensad dos cosas: la primera, que la tristeza la generaba el contexto, y no la familia; la segunda, que, afortunadamente, los tiempos han cambiado desde entonces.

¡Va por vosotros!

PRIMERA PARTE

Sara



Viernes, 14 de octubre de 2005

Mañana será un día importante para la familia porque tenemos boda. Mis madres ya se pueden casar porque al final han hecho una ley que dice que sí que se pueden casar y están muy contentas, y yo también pues quizá ahora con esto de la ley podré contar eso de mis madres y las amigas del colegio no me harán tantas preguntas porque ya lo habrán visto en la tele y no les parecerá algo tan raro. Yo me he comprado una falda y una camisa blanca que como todavía hace calor no tiene mangas. Dice mi hermana Carla que estoy muy guapa porque el blanco hace resaltar mi piel oscura. También me he comprado unos zapatos blancos con hebilla y con un poco de tacón, porque ya tengo diez años. Carla dijo que a ella también le gustaban mucho y se los compró iguales, pero en color rojo porque llevará un vestido rojo y naranja. Carla irá muy guapa a la boda porque dice que es un día muy importante para ella y como es la hermana mayor será testigo. El otro testigo será el abuelo Bernat que no quería pero le han convencido. Mi madre Núria dice que al abuelo Bernat esto de que se junten dos mujeres no le parece mal del todo pero que lo de casarse ya es

otra cosa, porque dice que eso es organizar un espectáculo y que no hace falta ir tan lejos, pero la abuela Rosa no ha querido ser testigo. Lo sé porque mi madre Maria dijo que ni hablar y que eso no pensaba preguntárselo, y Carla, que dicen que es muy radical, dijo que mejor que la abuela Rosa no quisiera porque así podría ser ella el otro testigo, y también dijo que era el sueño de su vida. Está contentísima por eso se ha comprado el vestido y los zapatos, porque quiere ir guapísima. Dice que seguro que llorará cuando les pregunten si quieren casarse y digan que sí, porque dice que es la parte más importante, eso de que se lo pregunten, porque hace muchos años que están esperando que alguien se lo pregunte, y dice que la respuesta al fin y al cabo ya la sabemos, por eso ella dice que llorará cuando oiga que les preguntan si «aceptan», me parece que se dice así. Si ella llora seguro que lloro también, nunca he visto llorar a Carla y seguro que me pongo muy triste, Núria nos ha dicho que de eso nada, que quiere una boda feliz, pero Carla dice que llorará de alegría y que si quiere llorar llorará porque se lo ha ganado a pulso eso de llorar. Yo eso no lo he entendido.

Desde aquello de la ley, Carla siempre llama por teléfono a nuestras madres cuando dicen cosas en la tele y se enfada mucho, y dice que está harta de que todo el mundo opine, y cuando un día hace tiempo vino a comer con Marc, que es su marido (ella le llama «compañero» y él a mí me llama «cuñi»), dijo que había escrito un artículo a los periódicos, porque estaba superenfadada de que siempre hablaran todos de esto de los hijos de los homosexuales y de que dijeran tonterías, y que el otro día estuvo toda la tarde llamando a un programa de la tele donde ha-

blaban de eso, y no le dejaron hablar y encima no le publicaron aquello que había escrito, porque le dijeron que era demasiado largo. Al final menos mal que la llamaron para hablar en la radio y ahora no está tan enfadada. Mi hermana Carla habla muy bien porque aparte de que dicen que es lista, que lo dicen todos, es además dobladora de la tele y tiene una voz muy bonita.

Carla dice que mañana será el día más feliz de su vida, yo le he dicho que creo que para mí también, y también le he dicho que nuestras madres, seguro que, cuando nadie las oye, dicen lo mismo y se dan besos, porque también dicen que ya está bien y que a ver si la gente se acostumbra.

Ahora os diré cómo irán vestidas mis madres: Núria ha dicho que de azul claro, por lo visto es una sorpresa y no se puede ver el vestido hasta mañana pero me parece que va a llevar un pantalón largo y ella dice «ya veréis lo guapa que estoy», y una camisa con mangas que se llaman tres cuartos, me parece, y un collar blanco que era de su madre, que es la abuela que ya se murió. El pelo Núria lo llevará suelto, dice que a Maria le gusta mucho su pelo negro tan largo y rizado. Maria lleva el pelo muy corto rubio y dice que no piensa ir a la peluquería (¡ah, y Carla también es rubia, pero tiene el pelo largo y tampoco piensa ir a la peluquería). A Maria sí que le hemos visto el vestido, es blanco como el mío, pero son pantalones, porque dice que las faldas no le quedan bien, y Núria dice que eso no es verdad. La camisa de Maria tiene un bordado blanco que me encanta, y al final las dos llevarán ramo. Un día hace mucho tiempo cuando yo era pequeña, mirando las fotos de una boda, Maria dijo que si ellas al final se podían casar llevarían un ramo cada una y así cuando

los tiraran al aire, podría recoger uno cada hija. Carla dijo que aquello era una tontería, que eran unas clásicas y que ella ya veríamos si se casaría. Y María levantó un poco la voz y dijo más o menos «Claro que te casarás porque tú sí que sabes qué es no casarse y no tener derechos». Yo esto de los derechos ya empiezo a imaginarme de qué va, pero María dijo que quizá la que no me case seré yo porque al final no habré sufrido tanto. Me parece que no sabe nada de nada. Y mira por dónde al final Carla se casó incluso antes que nuestras madres.

O sea que mañana iremos a un juzgado a casar a nuestras madres, y estamos contentos toda la familia y vendrán unos pocos amigos y Marc y los abuelos y después comeremos. Al final el abuelo Bernat ha dicho que invita, pero la abuela Rosa ni va ni invita ni nada, y ahora estoy escribiendo esto porque quizá sea la última vez, porque ahora se casarán y seré más normal. Ya no me dirán todo el rato mis madres y Carla que escriba un diario para hablar conmigo misma, porque pienso empezar a hablar con todo el mundo de todo lo que me apetezca, porque aunque se sepa cómo es mi madre Núria, nadie le dirá que le quita la custodia esta que dicen; ella decía siempre que si alguien supiera lo suyo, serían capaces de enviarme otra vez a Nepal.

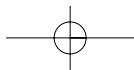
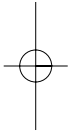
Sara

Adiós diario, a ver si ya no escribo más.

Se lo he dejado leer a Carla y dice que sí, que tengo que escribir, que va muy bien esto de escribir. Ya veré qué hago.

SEGUNDA PARTE

Carla



Sábado, 18 de junio de 2005

Avanzamos mi padre y yo cogidos del brazo, a pocos metros de Marc y su madre, que van delante. La gente está de pie y nos ha abierto un pasillo hasta la mesa donde está el alcalde. Ha sido una idea genial celebrar la boda al aire libre. Todo el mundo me mira y me siento como una princesa. Los más atrevidos gritan ¡Guapa! Y los más discretos se acercan al que tienen al lado para susurrarle qué guapa que está. Visto de blanco, claro, y también está muy claro que al final me caso; quizá tenía razón mi madre: que tú claro que te casarás porque tú sí sabes qué es no casarse, y todo eso que dice ella. No hay ningún amigo de la pandilla que haya querido casarse; medio en broma, les digo que como soy la que tiene la familia más rarita, al final he sido la única que ha querido tener una de lo más tradicional, para sentirme normal de una vez por todas. Y ellos se ríen.

Mi padre me acompaña orgulloso. Esta guapísimo. También me siento orgullosa de él, de todo lo que ha hecho, de cómo lo ha hecho, y estoy contenta de que sea él quien ahora me lleve del brazo.

Finalmente Carme ha conseguido que lleve ramo. Me ha sido tan útil ayudándome a comprar el vestido, a escoger el pei-

nado, los zapatos, los pendientes... Y me siento tan guapa hoy gracias a ella, y a la vez tan cómoda, tan yo misma, tan poco novia de catálogo... Ella se ha encargado de adornar el coche de mi padre y de poner flores blancas por todo el castillo. Ha conseguido que esto parezca una fiesta medieval. No sé cuántas veces le habré dicho en los últimos meses que no quería llevar ramo, pero cuando hoy ha llegado a casa con mi padre y Pol y se ha metido en mi habitación para ayudar a vestirme, con el ramo en la mano, ya no pude decirle que no, a ella no. Y ahora me alegro.

El alcalde nos cede el paso y los cuatro nos quedamos de cara a la gente, mejor así que de espaldas, como en las iglesias. Tengo a mi padre a la derecha y a Marc a la izquierda, con su madre al otro lado. El alcalde empieza a hablar y yo ya no oigo nada. Los cinco sentidos concentrados en los ojos. Repaso las caras que nos miran, nos sonríen. Mis madres y Sara están sentadas cerca, en los bancos de piedra. Mi hermano Pol y Carme, a su lado. También está el abuelo Bernat intentando ligarse a la abuela del novio.

El alcalde da paso a la hermana de Marc, que sale a hacer una lectura. Empieza a leer y oigo todas aquellas cosas que me enamoraron de Marc y que aún me enamoran, y todo aquello que aún he de descubrir. Miro a Marc de reojo porque sé que es muy sensible, y noto que llora. Le acaricio un poco la pierna, disimuladamente, para decirle que le quiero.

Entonces sale Sara, con un aplomo desconocido, plantada a un metro de mi padre con la hoja en la mano. Empieza a leer pausadamente. Como si todos aquellos ojos clavados en ella y aquel silencio que la acoge no la impresionaran demasiado.

En un día como hoy nos gustaría hablar un poco de Carla, y

añadir nuestra pequeña aportación, para que todos los que hemos venido a compartir su felicidad, nos acerquemos un poco más a ella.

Hoy está preciosa, y seguro que se pasará todo el santo día encima de una nube. ¿Os la imagináis? ¡Menuda estampa! Ella, tan guapa, con su vestido blanco sobre una nube blanca, como en un cuadro de Frida Kablo, surrealista, pero a la vez más real que la misma realidad.

Lee sin vacilar y sin prisas. Se me ha hecho mayor y casi no me he dado cuenta. De vez en cuando, incluso levanta la vista del papel y sonríe al auditorio, haciendo un gesto con la mano izquierda, como dando a entender que se está refiriendo a mí.

Bien, perdonad, nos estamos yendo del tema... ¿Por dónde íbamos? ¡Ah! ¡Sí! Queríamos hablar de Carla, ¿verdad?

¡Qué gracia! Es tan ligera... Esto tan bien preparado debe de ser cosas de nuestras madres. Las miro. Núria me está mirando y María mira a Sara y asiente con un gesto de la cabeza.

Dicen que cuando era muy pequeña y decidí empezar a andar, no se caía nunca... de pronto me he puesto a llorar, intento apretar los labios y disimular y cerrar los ojos y contraer toda la cara, pero no puedo tragarme todos estos lagrimones, y se la veía reflexionar, pensar mucho y muy bien dónde iba a poner el pie, antes de dar un paso. Eso nos explica muy bien cómo es, y no precisamente por la prudencia, sino en el sentido de que siempre le ha dado muchas vueltas al coco.

Ahora, en cambio, me río, acompañando la carcajada general. Todos me conocen bien, y siento como si me estuvieran desnudando a base de cariño y ternura. Mi risa se mezcla con el llanto y ya no sé dónde mirar.

Los que la conocemos sabemos que es trabajadora, inteligente,

buena persona, creativa, muy buena amiga, y bla, bla, bla. Y hace un gesto con la mano como si todo eso que dice fuera una gran tontería... Es un encanto. Pero Carla es mucho más que eso, claro; siempre hay más cosas que las que vemos. Y quizá aquello que mejor la define es su sensibilidad. Vosotros ahora os la imagináis llorando en el cine, pero no, no va por ahí la cosa. Y es que Carla lo vive todo con gran intensidad: las cosas buenas y las malas, y también todas las demás. Cuando la ves sufrir o disfrutar, adivinas que su capacidad de sentir es excepcional.

No podré soportar mucho más este cóctel explosivo de sentimientos: el agradecimiento hacia las tres, el orgullo que siento por Sara, la cantidad de cariño que recibo de una sola vez y que me abrume... Cojo aire.

A veces, cuando hablas con ella, tienes la sensación de que la cabeza le va a cien por hora, como una cazuela que hierve en el fuego. ¡Madre mía, cuántas cosas estará pensando mientras me mira! La muy desvergonzada se vuelve claramente hacia mí y me mira con descaro. Siento que todos están dentro de mi cabeza, oyendo mi pensamiento. De hecho, vuelven a reírse y vuelvo a tragarme las lágrimas con una sonrisa boba.

Así que ya os podéis imaginar cómo andan las cosas cuando se enfada. ¡Todos quietos que Carla tiene los cables cruzados!

Quizá haría falta hablar también de su maravillosa manera de valorar las cosas, y es que son los detalles más pequeños, más humanos, los que ella siempre ha valorado más, evidentemente por encima del poder, la riqueza o el éxito.

Pero en fin, retomemos el hilo, volvamos a mirar a nuestra Carla de hoy, la del cuadro blanco, tan blanco, y deseémosle tanto

a ella como a Marc una felicidad tan plena como la que han compartido hasta ahora.

Os queremos. Te queremos, Carla.

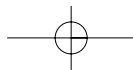
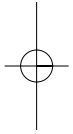
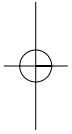
Dobla el papel, lo mete en el sobre y me lo entrega con una sonrisa cómplice. Le sonrío como puedo y le doy un beso suave. Ella vuelve a su sitio mientras todo el mundo la contempla otra vez, con ese vestido rosa que le queda tan bien.

El alcalde retoma la palabra y nos hace decir todas aquellas cosas que hemos ensayado y que nos dan tanta vergüenza. Nos ponemos los anillos, que con los nervios han empequeñecido de golpe.

Ya está. Marido y mujer. Carme y Pol ya han empezado con el arroz. Marc y yo nos quedamos frente a frente para darnos el beso. Siento una paz muy larga y muy ancha, y un silencio que es sólo nuestro. Cuando abro los ojos y nos separamos, sé que ha llegado el momento de lanzar el ramo. Pero de pronto pienso que no, por supuesto que no. De eso nada. Podría cogerlo cualquier otra. Entonces digo, perdona Marc, pero tengo que hacer algo importante. Estoy muy emocionada y realmente me parece estar rodeada de una nube blanca. No estoy encima de la nube, sino dentro, y no veo nada. Doy cuatro pasos mal dados hasta mis madres y le alargo el ramo a Maria. Espero que me comprendan, porque cuando ahora hablo, lo haré llorando.

—Toma. Para que os caséis pronto.

Maria coge el ramo apretando los labios e intentando sonreír, se levanta y me abraza. No le veo la cara, pero noto que llora; por encima de su hombro veo allá atrás a mi amiga Montse, mirándome con los ojos enrojecidos.



Jueves, 10 de junio de 2004

— **E**l hecho de ser homosexuales no otorga unos derechos especiales. Una cosa es no estar discriminado por la opción sexual, que es lo que dice la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y otra es que eso implique el derecho al matrimonio, porque la Declaración dice exactamente lo contrario, dice que son hombres y mujeres los que tienen derecho a casarse.

Alguien le contesta que, efectivamente, el hecho de ser gay o lesbiana no te otorga ningún derecho, sino que más bien te priva de él. Y que, por cierto, la Declaración Universal de los Derechos Humanos es del año 1958 y quizá valdría la pena revisarla.

—Pero es que el matrimonio está definido como la unión de un hombre y una mujer.

—Sí, ya, pero la interpretación literal de la ley no dice que un hombre y una mujer tengan que casarse entre ellos, sino que tienen derecho a contraer matrimonio, y eso da lugar a muchas opciones.

—Pero es que el matrimonio es una institución que implica a un hombre y una mujer, y tiene una condición social, que es garan-

tizar la continuidad de la vida humana. Todos morimos y nacemos. Y nacemos de hombre y de mujer. Ahí está la base de lo que somos. La institución que permite esta arquitectura es el matrimonio.

—Verá, usted está hablando desde la perspectiva de un católico, para quien la familia es un compartimento estanco, y eso no es cierto. La familia en Occidente no es como la familia en África. Y la familia del siglo veintiuno no es como la del siglo quince. El concepto de familia varía en función del contexto. Y no entiendo por qué tanto miedo. ¿A que se desmorone el sistema? Parece que les queramos obligar a convertirse en gays y lesbianas y a casarse. ¿En qué le afecta a usted que las parejas homosexuales nos casemos?

Entonces salta el psiquiatra que dice que, sin ser homófobo, no entiende ese empeño en equiparar el matrimonio, que es una institución, con las relaciones homosexuales.

—¿Por qué intentan cargarse el matrimonio?

—Todo lo contrario, no es que nos lo queramos cargar. Lo que queremos es integrarnos, formar parte de este sistema, de esta normalidad social.

—Pero es que el derecho no nace de la opción sexual.

—No, no, la mía no es una opción sexual, sino una orientación. Soy así.

El otro vuelve a insistir en que el derecho no nace de esto, nace de... y el otro le interrumpe para decir que nace de normalizar la realidad, de regular la realidad ya existente... y el otro que no, que nace de las personas, que somos personas portadoras de derechos, que el sexo no es portador de derechos, como tampoco lo es la inteligencia.

Ya veo que la conversación desvaría.

El pediatra apunta que parece que el hecho de legalizar el matrimonio homosexual pueda poner en peligro la existencia del matrimonio heterosexual. Y dice que estamos hablando de un colectivo real, que existe y que reclama el mismo derecho que todo el mundo, y creo que es justo. Y que eso no va en contra del matrimonio; al contrario, sólo es una variante más.

—Pero los hijos vienen de un matrimonio.

—O no.

—Sí, sí.

—O no. Las mujeres podemos tener hijos con o sin matrimonio, en eso estaremos de acuerdo... Las mujeres tenemos hijos, pero no necesariamente del matrimonio; necesitamos un hombre o una fecundación asistida.

—Pero, oiga, los hijos que no vienen del matrimonio provienen de familias desestructuradas.

Llamo para intervenir y sale otra vez el contestador. Vuelvo a dejar un mensaje, y vuelvo a llamar al teléfono que aparece en pantalla, mientras escucho a alguien diciendo que le gustaría añadir algo, y es que en pocos años ha habido un cambio sustancial: la homosexualidad ha pasado de ser un hecho que la OMS consideraba una enfermedad a configurarse como un derecho humano. Pero ¿qué sabemos de la homosexualidad? Hoy sabemos que no está nada claro que sea debida a un factor genético, y el componente social durante la infancia y la adolescencia influye mucho, y también sabemos que es reversible. Sobre estas bases tan poco seguras, tan frágiles, que presentan tantas dudas, queremos construir una nueva sociedad con unas nuevas instituciones.

Aparece un sms en pantalla: «¿algn pnsa en las rprcsiones pr los nñs?». Y otro: «¿pq no enfocar st tma ds dl punto de vista d ls nñs? Sgur q qurn un padre y una madre». Siento claustrofobia y me enervo porque no cogen el teléfono, y envío un sms que dice «spero ansiosamnt l día q pueda ir a la boda d ms mdrs». Y en pantalla continúan apareciendo sms: «si hablamos de igualdad, ¿pq marginms a st sctor d la sociedad». Y otro: «ls hijos de sts parejas sran marginados x la sociedad».

Los demás siguen hablando.

—¿Qué te crees? —pregunta el representante de los gays—, ¿que hay que curarnos?

—Yo no he dicho nada de eso.

—Pues estás buscando las causas de la homosexualidad, para podernos curar, y dices que nos respetas mucho... ¿Por qué no estudiamos la heterosexualidad?

Otra vez el pediatra sale a defendernos, diciendo que no es una enfermedad ni tampoco una rareza, porque hay muchos homosexuales.

—Yo no digo que sean raros.

—Sí que lo dices; para ti son tan raros como para tenerlos que estudiar antes de decidir si pueden o no casarse.

La moderadora corta la discusión y anuncia que antes de la publicidad oiremos algunas declaraciones de la gente que ha llamado al contestador automático. Ahora espero con ilusión, segura de que mis declaraciones no habrán pasado desapercibidas. Pero llega el corte de publicidad y mi voz no se ha oído.

Al volver a empezar el debate, la moderadora pide opiniones sobre el derecho de los homosexuales a adoptar hijos.

—En este país hay muchos niños que viven con una pareja homosexual, por ejemplo en casos de familias reconstituidas después de separaciones, o de lesbianas que han optado por la inseminación artificial, y eso implica una situación de desprotección para con los niños, porque hay gente que ejerce de progenitor sin serlo legalmente, y en el caso de que se rompa la pareja o muera alguno de los miembros, el niño queda desprotegido.

Y el psiquiatra vuelve con su argumento:

—Pues supongo que en el caso de un niño sin familia que ha de ser adoptado, el derecho del niño está en primer lugar, y supongo que si al niño le permitieran elegir, seguro que querría una familia de padre y madre. Creo que preferiría una familia que le ofreciera cariño, respeto, protección...

—Cuando los gays y las lesbianas hablamos de adoptar, hablamos del derecho de los niños a tener una familia. Quizá tendríamos que definir qué es una buena madre y qué es un buen padre.

—Los niños necesitan unos modelos de identificación.

—¿Qué es un modelo de identificación?

—El hombre y la mujer.

—¿Y en las actitudes? ¿Pantalones y faldas? ¿Fuerza y ternura?

—Como pediatra creo que ésta ya es una realidad. Por diferentes motivos, hay niños que viven con parejas homosexuales. Y los estudios demuestran que su desarrollo es correcto, sin diferencias con otros niños.

—Pues ahora harán un estudio sobre opiniones de psiquiatras...

—¿Y por qué no estudian cómo viven los hijos de familias que sufren situaciones de violencia?

—¿Es que no hay familias homosexuales que tengan problemas de violencia?

—¿Ahora introducimos el matiz? ¿Qué es más importante, vivir sin violencia o vivir con padre y madre?

Desconecto, es increíble. Llegan más sms y el mío no sale por ningún lado. ¿Es que hay alguien con más derecho que yo para hablar en este debate? Siguen hablando, y alguien dice que se quiere legislar convirtiendo la excepción en una norma, y que lo que habría que hacer es legislar desde la norma. Nadie sabe cuántos niños hay viviendo así. Seguro que son poquísimos.

—¿Quiere decir que las minorías no tienen derechos? Mire usted, yo soy de la Asociación de Familias de Gays y Lesbianas, y allí somos más de cien familias, y les puedo asegurar que estos niños viven y crecen con absoluta normalidad en todos los ámbitos: calle, familia, escuela...

—Está claro que son buenos niños, pero... ¿y su orientación sexual el día de mañana?

—¿Sería malo que fueran homosexuales según usted?

—No es deseable.

Llegan más sms: «¿estamos en el siglo XXI o en el XIV? Las leyes son iguales para todos, ¿no?». Y otro: «la familia es natural, no un producto de laboratorio». Ni rastro de mi sms.

El psiquiatra comenta que en el colegio se reirán de los pobres hijos de los homosexuales.

—Pero, hombre, es que se ríen del gordo, del que lleva ga-

fas, del que tartamudea... ¿de quién es el problema? —pregunta el pediatra.

—¡Hasta aquí hemos llegado! —grito mientras apago la tele con rabia, torturando el mando a distancia—. No puedo más.

—Eh, eh, ¿qué te pasa ahora? —me pregunta Marc desde la cocina.

—¡Nada... que estoy harta de estos listos de la tele que se creen que lo saben todo! —Me levanto del sofá y voy hacia la cocina, pero Marc viene a mi encuentro.

—Venga, mujer, ¿qué te pasa? —me dice abrazándome la cintura.

—Que están debatiendo la ley de los homosexuales que quiere aprobar el gobierno, y ese psiquiatra anticuado no para de decir «que tenemos que proteger a los niños», «que se lo pregunten a los niños», y yo venga a llamar. Llevo toda la tarde llamando y dejando mensajes y no me cogen el teléfono, ni me llaman, ni ponen en pantalla mis mensajes, mis declaraciones. Me tienen harta.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Podríamos cenar, y si quieres hablamos del tema; vaya, hablas tú. Y después escribes una carta a un periódico y lo sueltas todo.

Siento que se me ilumina el rostro. Él sonríe.

—¿Croquetas?

—Mmmm... y un beso, por favor.

Me quedo sola en el pasillo, con el beso de Marc que aún me ronda los labios, y me apoyo en la pared. Vuelvo a recordar

aquellos primeros días con él, cuando le conté todo lo que hay que contar cuando empiezo a hablar de mí, de mi vida, de mi familia. Me sorprende aún de su reacción, la única distinta a un caramba, qué guay, qué familia más moderna. No, Marc no dijo eso. Él pensó en mí y dijo caramba, y luego ese ¿Tú qué tal lo has llevado, porque no debe de haber sido nada fácil, verdad? Y después comentó riendo que podría soportar incluso tres suegras si era necesario con tal de ser mi marido.

Tiene razón, enviaré una carta a la prensa.

Los hijos y las hijas de homosexuales hemos callado toda la vida. Es evidente. Y no ha sido nada fácil. Ahora se estudia la posibilidad de aprobar una ley que permita tanto el matrimonio de las parejas homosexuales como la adopción de niños por parte de esas parejas. Y todo el mundo quiere dar su opinión: aparecen artículos como setas en otoño, y salen sociólogos, teólogos, políticos y más personajes en posesión de la verdad, pronunciándose gracias a sus inmensos conocimientos de la naturaleza humana. Y algunos se atreven a decir que antes de dar un paso como éste habría que pensar en los niños, que haría falta preguntarles si quieren o no pertenecer a una familia como ésta.

Así las cosas, resulta que los hijos de los homosexuales tenemos que seguir callados ante el debate, escuchando a los grandes pensadores que hablan de nosotros y por nosotros, como si no tuviéramos voz y como si alguien les hubiera dado el derecho de meterse en nuestra mente y en nuestra vida.

Tengo dos madres, y por eso sospechaba que yo sí tenía derecho a opinar. Pero debía de estar equivocada, porque nadie me lo

ha preguntado y hasta ahora nadie me ha permitido expresarme. Pero ya basta. Llevo veintiocho años de silencio. He oído de todo y quiero dar mi opinión.

He oído decir, por ejemplo, que una pareja homosexual por naturaleza está incapacitada para procrear y que, por lo tanto, no tiene cualidades paternas o maternas. Que nos pregunten a nosotros en lugar de pensar tanto, ofender a los demás y decidir qué significa ser una buena madre. Mis madres son tan o más madres que cualquier otra madre. Tanto la que me parió como la otra. Y no las cambio por nadie.

He oído decir que con esa ley los niños quedarán desprotegidos. ¿Están de broma? Resulta que ahora piensan que si no hay ley no habrá hijos de parejas homosexuales. Incluso se atreverán a decir que hasta ahora no los ha habido.

¡Genial! ¡Ahora resulta que no existo! Por favor, basta de vejaciones verbales. Otra vez ruego que nos pregunten a nosotros antes de pensar tanto y ofender a los demás. Que quede claro: hijos e hijas de homosexuales ha habido siempre y siempre habrá, porque las parejas homosexuales tienen tantas ganas, tanto derecho y tanta capacidad como las otras de disfrutar del placer de ver cómo crece a su lado un nuevo ser humano. La diferencia es que con la nueva ley estarán protegidos, y no sólo legalmente, que ya es mucho, muchísimo, sino también socialmente. De repente, esos niños podrán ir con la cabeza muy alta, no tendrán que mentirle a su mejor amigo, no tendrán que pensar «Soy raro»; en definitiva, entrarán a formar parte de la normalidad, y aún más, podrán ser felices.

A los que nos dicen que pensemos en los niños del futuro, les contesto: dadles una ley que los ampare. Y aún digo más: cambiad

esa ley que los pisotea, que los ignora, que los maltrata y los margina, porque esos niños están ahí, existen. Dadles dignidad. No se la neguéis más. Nunca más.

Siempre he tenido clara una cosa: la razón de mi rareza no ha sido la orientación sexual de la mujer que decidió traerme al mundo. Han sido los demás. La Iglesia, la ley, la opresión social. Ellos han hecho que me sienta mal y me han obligado a tener una parte de mí siempre escondida, no explicada, sucia. Ellos me han hecho así.

Ahora dicen que eso no se volverá a repetir con ningún otro niño. Lo celebro, pero nadie me deja decirlo. ¿Tengo que seguir callando?

Viernes, 6 de junio de 2003

Núria se ha tomado la tarde libre. Ha decidido que esta tarde de viernes y mañana sábado Dani puede arreglárselas solo en la tienda. Así que cuando Maria ha terminado su trabajo en el colegio, se han encontrado en casa, han cargado el coche y se han ido a los Pirineos, donde tienen alquilada una casita rural para pasar el fin de semana.

He salido de mi piso compartido alrededor de las tres, después de comer, hacia la escuela de Sara; en junio sólo tiene clase por las mañanas, pero sigue quedándose a comer. Conozco bien a mi hermana y supongo que ya le habrá contado a medio colegio que hoy iré a buscarla; me doy cuenta de que quizá las cosas sí han cambiado un poco. O quizá los niños ya no hacen tantas preguntas, o sencillamente Sara también es ya una experta en darle la vuelta a las historias que cuenta. Pregunto al conserje por Sara; ay, señora, Sara hay más de una, y le digo que la de tercer curso, Sara Monrós. El conserje me ha pedido que espere un momento, ya sé que a esta hora hay que esperar a los niños detrás de la verja. Desde aquí veo el patio del colegio y a Sara que se acerca con sus dos coletas negras dando saltitos, con una

sonrisa descomunal y la mochila en la espalda, mientras sus amigas la siguen, cuchicheando. Ya sé que Sara, que ahora no me señala ni dice mirad a mi hermana, ha creado expectación durante toda la mañana, pues hoy viene mi hermana a buscarme, que es muy mayor y ya vive sola, y sale con un chico alto y guapo que se llama Marc, y es dobladora de la tele, sí, ¿habéis visto el anuncio ese de vaqueros?, pues es la voz de mi hermana, y también dobla películas... Y ahora mi madre se ha ido a pasar unos días fuera, y mi hermana se queda conmigo en mi casa a pasar el fin de semana. Las amigas de Sara la han acompañado hasta la misma puerta para decirle adiós y repasarme de arriba abajo. Y Sara ha dicho adiós con naturalidad, casi con timidez, y me ha cogido de la mano.

Hemos ido hacia la casa de nuestras madres y de Sara, paseando, y cuando pasábamos por la calle de la Cortesía, Sara ha dicho ¿Ves aquella tienda de ropa para niños, allá enfrente? Y me ha contado que allí se compró esta camiseta de rayas. ¡Qué bonita!, le comento.

Sara me cuenta que fue a comprar la camiseta con Núria, porque Maria siempre se escaquea de ir a comprarme ropa y dice que como Núria también vende ropa en su tienda, entiende más del asunto. Así que entramos y estábamos mirando ropa, y claro, Núria le dijo a la señora de la tienda no sé qué de mi hija, hablando de mí, ¿entiendes? Y resulta que allí había una señora que va y dice:

—Perdone señora, pero ¿esta niña no es hija de Maria, la maestra? Es que trabaja en la escuela que está enfrente de mí

frutería y muchas veces viene con la niña a comprar. ¿Verdad, guapa, que te acuerdas de mí?

Y yo no sabía qué contestar porque nuestras madres siempre me dicen que no cuente nada y Núria también se quedó así, un poco sorprendida. Menos mal que la de la tienda dijo:

—¡Pero oiga, señora, que hoy en día se puede tener más de una madre!

¡Lo dijo así, eh, y eso que era una mujer mayor!

Yo, que conozco bien a Núria, me imagino su cara y cómo debieron de reírse en casa las tres cuando se lo contaron a María. A veces da gusto vivir una experiencia tan agradecida.

—¿Te parece que llamemos a Marc para ir al cine cuando lleguemos a casa?

—¡¡¡Sííí!!!

Marc acepta enseguida. Quedamos en encontrarnos a las cinco y media en la puerta del cine Bosque. Una vez en casa, preparamos la que fue mi cama, que está siempre sin hacer, tapada con una colcha y nada más. Sara saca mis sábanas preferidas del armario del pasillo, y me ayuda a dejar la cama preparada para cuando lleguemos por la noche. Después salimos al balcón; le pregunto por el colegio y Sara quiere saber cuál es el último anuncio que he doblado. Nos quejamos del tráfico, Sara se lamenta de los deberes que le han puesto, y decidimos que mañana iremos a la playa. A lo mejor llamaremos a mi hermano Pol, a ver si se anima a ir con nosotras.

Vamos andando al cine Bosque y llegamos puntuales. Sacamos las entradas y enseguida llega Marc, jadeando y diciendo que hay problemas en el metro.

—No te preocupes, que ya tenemos las entradas —le tranquilizo, dándole un beso.

—No quería quedar mal con mi «cuñi» —dice despeinando a Sara con los dedos.

—¡¡¡Ayyyy!!! ¡Déjame! —dice ella, riendo.

Ya dentro, le digo que las palomitas dulces estropean los dientes, y Sara se alía con Marc para convencerme. Entramos en la sala y yo me coloco, como siempre, sentada entre los dos. Se apagan las luces.

—Eh, Carla —dice Sara, bajito—, si tengo miedo te cojo la mano, ¿vale?

—De acuerdo.

Viernes, 25 de mayo de 2001

NÚMERO: TRESCIENTOS TREINTA Y CINCO

TESTAMENTO

*En Barcelona, donde resido, a veinticuatro de mayo de dos mil uno.
Presentes ÀNGELS ESCRIVÀ MOLINS, notario del Ilustre Colegio
de Barcelona.*

COMPARECE

*MARIA SOLER GARCÍA, nacida en Barcelona, el día diez de abril
de mil novecientos cincuenta y cinco, hija de Pere (fallecido) y
Rosa, vecina de Barcelona, calle Filólogo Xavier Iglesias n.º 27,
con DNI y NIF número: tal, soltera y con una hija, Carla Vila Soler.*

*La identifico por su DNI y la juzgo con capacidad suficiente para
otorgar este testamento de acuerdo con las siguientes*

CLÁUSULAS

*PRIMERA. Deja todo lo relativo a su entierro a disposición de sus
herederos.*

*SEGUNDA. Lega a Núria Monrós Ferrer el tercio de libre disposi-
ción de su herencia con pleno dominio.*

La legataria será sustituida, en caso de premoriencia o incapacidad,

por su hija, llamada Sara Monrós Ferrer, y cualquier otro descendiente que Núria Monrós Ferrer dejara al morir. —————

TERCERA. Para el resto de sus bienes instituye como heredera universal a su única hija, Carla Vila Soler, y en caso de que dejara más descendientes a su fallecimiento, éstos la sucederán a partes iguales. —————

Los herederos serán sustituidos, en caso de premoriencia o incapacidad, por los respectivos descendientes y, en su defecto, por los hijos de Núria Monrós Ferrer. —————

CUARTA. Nombra albacea, etc., a Martí Soler García, etc. —————

QUINTA: Revoca sus anteriores testamentos. —————

AUTORIZACIÓN —————

Leo el presente testamento, etc. —————

Firmado por: Maria, etc. —————

FE DE COPIA —————

Es copia exacta, etc. DOY FE.

—¿Y el de Núria? —digo dejando la taza vacía de café sobre la mesa a medio recoger, y mirando a mi madre por encima de los documentos. He ido a casa de mis madres a comer con las dos, pero Núria se ha ido nada más terminar porque tiene mucho trabajo atrasado en la tienda. Maria, que está fregando los platos, vuelve un poco la cabeza.

—Es casi igual.

—¿Y Sara?

—¿Qué pasa con Sara?

—Si le pasa algo a Núria, ¿qué pasa con la niña? ¿Habéis especificado que tiene que quedarse contigo?

—Ah, sí, sí.

—Y si te pasa algo a ti, conmigo, ¿verdad? Quiero que se quede conmigo.

—Sí, sí, lo hemos puesto. A ti y al tío Martí.

—Pero yo primero, ¿eh?

—Eso lo tiene que decidir un juez, escuchando a las partes.

—Pero el tío, si le digo que quiero ser yo, dirá que sí, ¿verdad?

—Mira, Carla, para empezar, no pensamos morirnos mañana —asegura mientras enjabona un vaso—. Y además, en cualquier caso, el testamento es una declaración de voluntades, pero la última palabra la tiene el juez. Y si toca un juez cabrón, la envía a una casa de acogida, o con el abuelo Bernat, o quién sabe. Si tiene en cuenta el testamento será porque quiere.

—¿Tú crees?

—Te repito lo que dice la ley. Delante de la ley, no somos una familia, Carla, ya lo sabes. Por suerte Sara pronto cumplirá siete años, y me parece que a esa edad ya tienen en cuenta la voluntad de la niña.

—Seguro que querría ir a vivir conmigo.

—Claro. Venga; termina de recoger la mesa y yo acabo de fregar y me voy corriendo al colegio. Después, cuando vuelva, ya estará aquí Sara para hacer los deberes, así que lo quiero dejar terminado ahora.

—¡Ah! Pues vete, que ya friego yo.

—Pues, sí. Así paso por la tienda y saludo a Núria antes de ir al colegio —comenta mi madre mientras se seca las manos—. Si

quieres leerlo, el testamento de Núria está en el comedor, encima de la mesa grande. Después los dejas los dos allí. Voy a arreglarme.

Voy directa al comedor, cojo el testamento de Núria y me siento en el sofá.

NÚMERO: TRESCIENTOS TREINTA Y SEIS.

TESTAMENTO

En Barcelona, donde resido, a veinticuatro de mayo de dos mil uno. Presentes, ÀNGELS ESCRIVÀ MOLINS, notario del Ilustre Colegio de Barcelona.

COMPARECE

NÚRIA MONRÓS FERRER, nacida en Barcelona, el día tres de septiembre de mil novecientos cincuenta y seis, hija de Bernat y Clara (fallecida), vecina de Barcelona, calle Filólogo Xavier Iglesias n.º 27, con DNI y NIF número: tal, soltera y con una hija, Sara Monrós Ferrer.

La identifico por su DNI y la juzgo con capacidad suficiente para otorgar este testamento de acuerdo con las siguientes

CLÁUSULAS

PRIMERA. Deja todo lo relativo a su entierro a disposición de sus herederos.

SEGUNDA. Lega a Maria Soler García el tercio de libre disposición de su herencia con pleno dominio.

La legataria será sustituida, en caso de premoriencia o incapacidad, por su hija, llamada Carla Vila Soler, y cualquier otro descendiente que Maria Soler García dejara al morir.

TERCERA. Para el resto de sus bienes instituye como heredera uni-

versal a su única hija, Sara Monrós Ferrer, y en caso de que dejara más descendientes a su fallecimiento, éstos la sucederán a partes iguales. Los herederos serán sustituidos, en caso de premoriencia o incapacidad, por los respectivos descendientes y, en su defecto, por los hijos de Maria Soler García —————

CUARTA. Nombra albacea, etc., a Martí Soler García, etc. ———

QUINTA...

—Yo ya me voy —dice mi madre, entrando en el comedor para coger su maletín de maestra.

—De acuerdo. —Me levanto para darle un beso—. Ya fregaré después, ¿eh?

—Como quieras. ¿Cuándo volverás a venir?

—No sé. Ya os llamaré.

—Vale. Si no ya te llamaremos nosotras.

—Sí.

—Adiós.

—Adiós.

Vuelvo a sentarme.

QUINTA. Manifiesta su voluntad de que dado el caso de tener que constituirse la tutela sobre todos o alguno de sus hijos, el cargo de tutor recaiga en la persona de Maria Soler García, y en su defecto, en Martí Soler García y Carla Vila Soler, relevándolos de obligaciones cautelares. —————

SEXTA: Revoca sus anteriores testamentos. —————

AUTORIZACIÓN —————

Leo el presente testamento, etc. —————

Firmado por: Núria, etc.

FE DE COPIA

Es copia exacta, etc. DOY FE.

—Qué fuerte... Hay que ver qué cosas nos pasan...

Martes, 30 de marzo de 1999

Nos vamos de Nepal. Salimos de un aeropuerto que hace tres semanas me pareció, desde la ignorancia de mis veintitrés años, sucio, irreal e imposible, y que hoy describiría como un hito de la civilización. Aquí he aprendido a no llenarme la boca de palabras vanas. No soy nadie y no tengo derecho. He aprendido a decir sí al vacío y a la impotencia, y a no quejarme de nada. He aprendido a volverme casi invisible cuando no hay nada que hacer contra tanta mierda, cuando te piden ayuda y quieres darla y no puedes y te sientes como un gusano. He aprendido a sentir que apreciar lo que tengo puede ser casi malvado, casi un pecado de egoísmo. He aprendido a hacer que las lágrimas caigan hacia dentro para que nadie las vea. He aprendido a decir que no cuando es que sí, que sí cuando es que no. He aprendido a beberme la alegría y a vomitar la tristeza cuando nadie me ve, y a no dejar que se me refleje el alma en el rostro.

A mi lado, una niña que de momento sólo me mira y me sonríe. Ya sabe decir mi nombre, y me siento orgullosa. Tiene cuatro años y se llama Sara. Ha llorado mucho, pero ahora está dor-

mida en el asiento de al lado. Le ha dado mucho miedo separarse de las niñeras que han sido su familia en los últimos meses; no sabe qué pasará ahora y está asustada. La miro y estoy encantada. Una hermana, ¡qué bien! ¡Parece tan pequeña!

Al otro lado de Sara está Maria leyendo una novela, y en el asiento contiguo Núria, que se ha quedado dormida mientras escribía las últimas palabras del diario que narra la aventura de la adopción. Tenemos muchas horas de vuelo por delante y no puedo dormir.

—Maria, ¿me pasas el diario?

—¿Éste?

—Sí... Puedo leerlo, ¿verdad?

—Por supuesto.

Abro las primeras páginas y reconozco la letra de Maria. Las fechas corresponden al mes de agosto pasado, al primer viaje que ellas dos hicieron para adelantar los trámites.

Núria ha ido a la embajada para localizar el expediente de adopción. Sobre este tema hay novedades que nos han conmovido, estamos emocionadas, aunque creo que evitamos demostrarlo por miedo a que no salga bien. El sábado por la tarde fuimos a ver a la responsable de un orfanato. Nos dijo que hacía un par de días que esperaba nuestra visita; parecía amable y dispuesta a ayudarnos. Fue directa al grano: nos dijo que una de las chicas que tenía allí pariría pronto y que la criatura podía ser para Núria. Después dijo que también habían recogido a una niña de cuatro años en otro centro, y que estarían encantadas de ofrecérsela. En aquel momento fue cuando realmente nos conmovimos; las dos intentamos

disimular la emoción, sabíamos que probablemente era una de las frases más importantes que habíamos oído en toda nuestra vida. Eso era exactamente lo que queríamos y parecía que había muchas posibilidades. Núria dijo que estaría encantada de aceptarla y explicó que prefería una niña que no fuera un bebé, porque seguro que tenía menos posibilidades de encontrar una familia. La mujer asintió en silencio. Entonces Núria dijo que le gustaría conocerla y la otra contestó que era normal que quisiera hacerlo antes de decidirse. Núria dijo: «No, no, ya estoy decidida; es que me gustaría verla antes de volver a Barcelona».

A menudo pienso en Carla y no sé por qué me parece que la quiero más que nunca. No sé por qué, la verdad... Tengo la sensación de que el deseo tan fuerte de tener a la niña está relacionado con el amor por Carla. No lo sé... me parece que Carla la querrá mucho y que seremos una familia muy feliz. Creo que siempre he deseado formar parte de una familia más numerosa...

Levanto la vista del diario y miro a mi madre que lee, concentrada. De pronto me mira y sonrío. Toca a Sara y sube la mantita que la arropa.

Sara estaba en una casa donde había niñas bastante mayores, con una voluntaria que se llama Irene, que es aragonesa. Hoy la han llevado a otra casa donde hay otros niños abandonados más pequeños. Hemos ido allí a conocerla y nos ha pasado lo mismo que en otros orfanatos que hemos visitado: todos los niños quieren que les hagas caso. El primer encuentro con Sara ha sido un poco frustrante para nosotras. En los primeros momentos nos hemos

emocionado mucho. La mirábamos y nos sentíamos desbordadas. Nos parecía preciosa. Pero ella, como es natural, nos ha rechazado. Quería acaparar sobre todo la atención de Irene, ya que en estos últimos días ha sido la persona que le ha hecho más caso en toda su vida, y hoy intuía que desaparecería, como de hecho ha pasado. Tengo que decir que estoy emocionadísima, que la miro y no me lo creo, que ya la quiero. Es muy extraño este «cariño» que no puedo expresar. Pero es que no puedo dejar de emocionarme imaginándola en casa con nosotras tres...

Leyendo esto, recuerdo y pienso en los niños que hemos dejado en el orfanato, en mi propio vacío, en aquella niña, mi Rita, tan dulce, que me daba tanto, y a la vez me hacía tanto, tanto daño, en la sensación extraña de no poder dar un cariño sano y necesitado que se te escapa. Ahora sé que allí sentirse querido es una mala costumbre; los niños no deben acostumbrarse porque la vida que les espera es distinta.

Hemos intentado acercarnos más a Sara. Al principio no quería saber nada de nosotras ni de nadie. Estaba en la habitación de los niños más pequeños, y desde allí miraba a los demás que estaban fuera. Ayer ya consintió que nos acercáramos, incluso nos dejó darle un beso. Hoy ya estaba colgada de nosotras; ha visto que estamos pendientes de ella y que aunque nos rechace seguimos mimándola. Queremos que tenga un buen recuerdo de nosotras cuando nos vayamos; así, cuando le enseñen la foto de Núria y le digan que es su madre y que vendrá a buscarla, se pondrá contenta. Pero no podemos entregarnos a ella y permitir que se haga ilusiones, porque

cuando nos vayamos volverá a sentirse abandonada, como ya le ha pasado, primero por su familia y después por Irene.

Nos recuerda mucho a Carla, con ese talante de niña madura, un poco difícil. Tanto Núria como yo habíamos notado por separado este parecido. Nos parece que debe ser porque Carla tampoco ha tenido una infancia fácil y las dos parecen rebelarse a su manera frente al sufrimiento.

Miro a Sara y sé que tiene más motivos que yo para la rebeldía. Quizá no tengo derecho a estar enfadada con el mundo. No lo sé.

Si supiera, pobrecita, lo importante que es, la cantidad de gente que se ha movilizado por ella, lo complicado que nos está resultando llevar adelante todo el papeleo... ella que debe pensar que no es nadie, el ser más pequeño de la Tierra, que no tiene a nadie.

¡Si supiera cuánta gente la espera en el aeropuerto! Un montón de desconocidos que la quieren incluir en su vida: el abuelo Bernat, la abuela Rosa, el tío Martí, Albert y Teresa, Marc...

Hoy a las doce hemos llamado a Carla por teléfono. Estaba en casa de Teresa y Albert. Decidimos que quizá se quedaría allí unos días para no estar sola y poder estudiar. Ella ya sabía que había una niña de cuatro años para nosotras, porque se lo dijimos en una postal que le enviamos...

Siempre que veo esa postal pienso que algún día se la enseñaré a Sara y le diré: Ésta es la primera vez que oí hablar de ti, que leí tu nombre.

... y también se lo dijimos a Martí, pero claro, no sabía aún que la conocíamos y que todo va ya sobre ruedas. Le hemos contado cosas de la niña a Carla, y creo que estaba contenta. Me dijo que le daba miedo que la conociéramos y que luego no nos la dieran; me di cuenta de que ya se sabe el nombre de la niña de memoria...

¿Pero cómo no habría de saberlo? ¡Las madres se creen que las hijas somos idiotas!

...porque me comentó «pero ¿la que habéis conocido es la que decíais que se llama Sara?». Eso me ha hecho pensar que está muy interesada. ¡¿Cómo no habría de estarlo?!

De pronto cambia el color y la forma de las letras y reconozco el trazo redondo de Núria. Miro las fechas y veo que las notas corresponden al segundo viaje, este mismo del cual volvemos, cuando Núria llegó sola, se instaló en el orfanato, y peleó con la administración, y esperó y esperó a que se moviera la máquina burocrática, mucho antes de que llegáramos María y yo.

Durante todo el tiempo que llevo aquí he podido estar mucho con Sara. Intento enseñarle poco a poco nuestro idioma: barriga, mano, pie... Ella repite las palabras y nos reímos mucho. Los demás niños también aprenden alguna palabra.

Ayer estaba bastante nerviosa. Alguien le dijo que me iba (tenía que ir a la ciudad para hacer unas gestiones) y cuando fui a despedirme estaba llorando desconsolada. Pensaba que me iba a Barcelona sin ella.

Me duele que se disguste tanto, pero no lo puedo remediar, porque su miedo está muy fundamentado. Ahora me he atrevido a decirle que vendrá conmigo a casa, porque ya sé seguro que será así. Confío en tener la sentencia antes del día quince. Sara parece ilusionada con la idea.

Esta tarde le he enseñado fotos de Maria y de Carla, para que se aprenda mejor sus nombres, y más tarde me pareció por sus gestos que ella se lo contaba a sus compañeras. Después he ido con ella a un columpio y, jugando, le decía que era muy dulce, «pero mira que eres dulce», y de golpe va y me suelta: «¡Madre mía!», llevándose una mano a la cabeza. Me entraron ganas de comérmela a besos, y me moría de risa.

Esta noche me ha llamado Maria. Siempre que llama me paso dos horas repasando sus palabras. Es como si atrapándolas continuara escuchándola y la sintiera conmigo. Ayer señalé en el calendario el día que llegarán y me emocioné. ¡Qué alegría! Ya me imagino yendo al aeropuerto a buscarlas. Ese día cada vez está más cerca, aunque a veces, cuando pienso en la distancia que aún nos separa, me dan ganas de llorar.

Estoy convencida de que Sara las recibirá bien, y para mí sería genial empezar a repartir con ellas su necesidad de afecto. Ahora estoy demasiado pendiente de ella y eso no es bueno; aunque sea lógico, porque no tiene ningún otro lazo afectivo.

Aunque Sara me da mucha alegría, es inevitable que sienta un deseo constante de llevarla a casa y empezar una vida normal. Tengo ganas de que Maria la coja, la abrace, se preocupe de ella, la haga reír. Tengo ganas de compartirla con ella y disfrutarla juntas, de reírnos juntas con sus gracias... Pero, en fin, mejor no martirizarme. Puede faltar mucho o muy poco. Ya no lo sé. Miro las páginas en blanco e imagino que algún día estará escrita en ellas la respuesta.

Estoy ansiosa por ver a Maria. Esta vida me resulta muy dura. Vivo bajo mínimos, deseando que el tiempo pase deprisa. Ya llevo aquí dos meses. Sé que debería alegrarme por todo lo que he conseguido y de lo poco que falta, pero tengo que reconocer que me resulta difícil consolarme así. Deseo tener la tutela pronto y que puedan venir ya Maria y Carla para irnos a casa las cuatro. Ojalá sea en las fechas previstas. Ojalá.

Martes, 10 de septiembre de 1996

— **Y** esto, ¿para qué sirve? —pregunto.
He pasado por la tienda volviendo de casa de mi amiga Montse. Finalmente elegimos la misma carrera en la universidad y hemos pasado la tarde estudiando. Sabía que era la hora de cerrar y me gusta acompañar a Núria de camino a casa. Dani ya no está y Núria está atendiendo al último cliente, que se prueba unos vaqueros. Qué culo más estu-
pendo, pienso. Mi madre me dice que mire en el primer cajón, debajo de la caja registradora.

—Hay unos papeles. Léelos. Después te cuento.

Localizo el cajón y cojo un sobre grande. Saco un dossier delgado, de tapas duras. Leo:

ÀNGELS ESCRIVÀ MOLINS
NOTARIO

N.º 783

ACTA DE MANIFESTACIONES
OTORGADA

POR MARIA SOLER GARCÍA
Y NÚRIA MONRÓS FERRER
Barcelona, 10 de septiembre de 1996

Entonces es cuando pregunto para qué sirve esto, y mi madre insiste en que después me lo explicará. Abro el dossier.

Número: setecientos ochenta y tres

ACTA DE MANIFESTACIONES

En Barcelona, donde resido, a diez de septiembre de mil novecientos noventa y seis

Comparecen, ÀNGELS ESCRIVÀ MOLINS, notario del Ilustre Colegio de Barcelona.

COMPARECEN

*MARIA SOLER GARCÍA, mayor de edad, soltera, vecina de Barcelona, calle Filólogo Xavier Iglesias n.º 27, con DNI y NIF número: tal.
NÚRIA MONRÓS FERRER, mayor de edad, soltera, vecina de Barcelona, calle Filólogo Xavier Iglesias n.º 27, con DNI y NIF número: cual.*

Intervienen en su propio nombre y derecho, las identifico por sus DNI y las juzgo con capacidad e interés legítimos para este acto; y,

MANIFIESTAN

—De acuerdo, lo dicho: me los pagará cuando esté el doblado hecho.

—Gracias. Adiós.

—Adiós.

Núria cierra la puerta con llave, por dentro.

—¿Nos vamos?

—Un momento, que termino de leer.

MANIFIESTAN

I.- *Que desde hace dieciocho años aproximadamente, las comparecientes conviven de hecho compartiendo el domicilio situado en Barcelona, calle Filólogo Xavier Iglesias n.º 27, 3.º2.ª*

II.- *Que a fin de justificar esta manifestación aportan como prueba testimonial la declaración de las siguientes personas que actúan como testigos: ALBERT MATEU TOMÁS y TERESA VILANOVA PUIG, mayores de edad, vecinos de Barcelona, calle Pianista Aina Fuster n.º 34 con DNI tal y cual, respectivamente; quienes afirman bajo pena de falsedad en documento público que por su relación de amistad con las comparecientes les consta por conocimiento propio y directo que las mismas conviven de hecho desde el año 1978 aproximadamente.*

AUTORIZACIÓN

Leo la presente, etc.

Firmado por Maria, etc.

FE DE COPIA

Es copia exacta, etc. DOY FE.

—Pero ¿qué es esto?

—Pues lo que ves.

—Pero ¿cuándo lo habéis hecho?

—Hemos ido a la notaría con Albert y Teresa esta tarde —me contesta mi madre mientras va apagando luces.

—No me habíais dicho nada...

—Pero si nunca estás en casa, hija...

—Pfff... Vale, y esto, ¿para qué sirve exactamente?

—Anda, sal, que cierro.

—¿Lo dejo aquí en el cajón?

—No, cógelo, que nos lo llevamos a casa. Ayúdame a bajar la persiana.

Lo hacemos en un abrir y cerrar de ojos. Núria le da la vuelta a la llave y empezamos a andar.

—Pues sólo es un papel para certificar que hace muchos años que vivimos juntas. Por ahora es la posibilidad legal que más se parece a una boda.

—¡Anda! ¡Y por muchos años! —Estoy entusiasmada.

—Que sea por pocos, que lo que queremos es que la cosa mejore, y poder casarnos formalmente.

—Claro. Y con estos papeles que habéis firmado hoy, ¿qué conseguimos?

—Pues no conseguimos demasiado, pero ayudan a que, por ejemplo, algún juez con cara y ojos pueda decidir que si una de nosotras faltara...

—¿Que te dejen el piso, por ejemplo, que está a nombre de Maria?

—Exactamente. O que la custodia de los hijos de la que falte vaya a parar a la otra, dado que es la persona con la que han convivido.

—Pero si yo ya soy mayor de edad.

—Tú sí, pero quizá no seas la única afectada —me suelta con una sonrisa cómplice.

—¿Os habéis decidido a adoptar?

—Sí.

Me paro en seco.

—¡¡¡¡Genial!!!!

—María me matará cuando sepa que te lo he dicho. Queríamos decírtelo juntas.

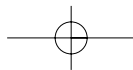
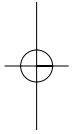
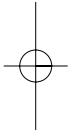
—Te guardaré el secreto.

—¡Ja! ¡Seguro!

—Que síiii...

—Anda, que tienes una lengua más larga...

Cruzamos la calle riendo, divertidas, mientras Núria saca las llaves de casa del bolsillo de la chaqueta.



Jueves, 5 de mayo de 1994

A las seis de la tarde estoy estudiando en casa con Marçal. A través del balcón abierto entra el sonido de la sirena de una ambulancia. Se acerca, se hace más intenso. No se aleja, no se atenúa. Marçal dice que así es imposible estudiar esta mierda de filosofía. ¡Bah! ¡Si este autor hace años que no sale en selectividad! Oye, no tendrás un Trina y unas patatas fritas, ¿y si hacemos una pausa y miramos *Bola de dragón*...? ¿Qué te parece? No contesto. Pienso en aquel sonido y supongo que la ambulancia debe de estar justo debajo de casa, debe de ser cosa del tráfico y le digo a Marçal que menuda mierda de ciudad, tío, estos desgraciados no dejan pasar a la ambulancia. Salimos a curiosear al balcón y vemos a un montón de gente que rodea un cuerpo tendido en el suelo que no distinguimos. El equipo médico baja de la ambulancia y se abre paso gritando que hagan el favor de apartarse, por favor. Un poco más allá hay un taxi con dos puertas abiertas: la del conductor y una de las de atrás; y un poco más lejos, tirada en el suelo, fuera de lugar, una bicicleta que me es familiar. Pego un grito que debe de ensordecer a Marçal y me cubro la cara con las manos. Él me abraza y

me pregunta. Mi madre, es mi madre... Rápidamente me recupero para ir al teléfono.

Cuando Maria vuelve siempre pasa por la tienda para saludar. Lo hace discretamente, aunque Dani ya sabe la historia y no se extraña al verlas hablar de las cosas de casa y de la hija. Hoy, cuando Núria ya empieza a extrañarse por el retraso, suena el teléfono. Contesta y va perdiendo el color de la cara. Sólo dice tranquila, Carla, baja deprisa y diles que es tu madre. Acompañala. Yo voy enseguida. Si ya no os encuentro, me llamas en cuanto sepas a qué hospital la llevan e iré con el coche enseguida.

Dicho esto, cuando Núria cuelga el teléfono, Dani ya está preparado, dispuesto a abrazarla o a hacer lo que sea. Ella se limita a decirle tengo que irme, ya lo has oído. Se le escapan las lágrimas y no se avergüenza, pero ahora agradece que él sólo escuche sus instrucciones en silencio. Cierra tú la tienda. Te llamaré a casa esta noche para decirte si mañana tendrás que abrir tú. Él dice que de acuerdo y ella le da las gracias cogiéndole un momento del brazo, con cariño.

Le digo a Marçal que tengo que marcharme corriendo y él contesta claro, por supuesto, vete tranquila, corre, yo ya me voy a casa, a menos que quieras que te acompañe, claro. No hace falta, Marçal, pero muchas gracias. Cojo las llaves de casa y meto la cartera en el bolsillo de atrás de los vaqueros. Le digo a Marçal que cierre la puerta de un golpe cuando se vaya y que ya nos veremos.

No espero el ascensor. Bajo los escalones de dos en dos. Llego a la calle y veo la camilla que sostiene el cuerpo inmóvil de mi madre ya dentro de la ambulancia. Desesperada, les grito que me esperen mientras se cierran las puertas. Entre el gentío, alguien me ha oído y les pide que esperen, hay una chica que dice que esperen. Les digo a gritos que es mi madre. El desconocido repite como el eco: Esperen, dice que es su hija. Las puertas se abren y alguien me dice que suba, deprisa.

Poco después de salir de la tienda, Núria ve pasar la ambulancia que ya se va. Se para en seco, sin saber si tiene fuerzas para seguir. Pero debe tenerlas. Tiene que volver a la tienda y esperar la llamada de Carla. Empieza a andar; la cabeza le va a mil por hora. Piensa en la vida sin María y piensa en Carla sin madre. Incluso se alegra de que falten sólo cuatro meses para que la hija sea mayor de edad; así no tendrá que batallar por la custodia, y luego piensa que eso es una tontería, está claro que nunca ha habido problemas con Joan, sabe que llegarán a un acuerdo. Piensa que no debería estar pensando todo eso y empieza a sentir ganas de vomitar. Menos mal que ya llega a la tienda. Al verla entrar, Dani le dice que se siente, que está muy pálida. El tiempo se ha detenido y el teléfono no suena.

Miro el cuerpo de mi madre y lloro. La doctora que me acompaña dentro de la ambulancia me dice que tengo que mantener la calma. Sé que llorando no ayudo en nada, pero es que mi madre está inconsciente. Tiene el pelo lleno de sangre y la ropa rota y pegada a las heridas del cuerpo.

Por suerte, en la tienda no entra nadie. Pero el teléfono sigue sin sonar.

La ambulancia llega al hospital y, mientras bajan a mi madre, me dicen que vaya al mostrador a dar los datos. Luego tengo que pasar a la sala de espera; ya me avisarán.

Suena el teléfono de la tienda. Voy para allá.

Me parece que ha pasado una eternidad cuando, veinte minutos después, llega Núría.

—¿Qué se sabe?

—Nada, tenemos que esperar a que nos digan algo.

Núría finge ser fuerte para que yo no sufra, y yo pienso que tengo que mantener la calma para que Núría no se hunda. Nos decimos mutuamente: No será nada, ya lo verás.

No sabemos cuánto tiempo ha pasado cuando oímos por megafonía: Acompañantes de María Soler... y damos un salto.

—¿Son su familia?

—Ella es su hija y yo soy una amiga.

—¿No la acompaña nadie más?

—No.

—¿Está casada?

—No.

—Ya —dice el médico. Y en el pasillo se hace un silencio demasiado largo.

—¿Nos puede decir cómo está, por favor? —pregunto, angustiada.

—Sí, sí —asegura él, pero todavía sigue callado un segundo y Núria es incapaz de soportarlo más.

—Míre, doctor, se lo diré sin tapujos: soy su pareja y si le pasa algo, yo...

—Naturalmente, claro, pasen. —Y nos hace un gesto para que entremos en su despacho—. Vamos a necesitar a alguien que firme una autorización, y por eso he preguntado si estaba casada. No se ofenda...

—No, no, perdone, pero es que ya no podemos más. Hace rato que esperamos para saber cómo está y...

—Lo comprendo. Pues no las hago esperar más. Por favor, siéntense.

Y nos sentamos los tres a ambos lados de la mesa.

—María ha sufrido un traumatismo craneoencefálico. —Núria aspira profunda y sonoramente—. Tranquila, mujer, se recuperará. Mire, la verdad es que, según los médicos que la han traído, el golpe que ha recibido en la cabeza ha sido muy fuerte, contra la acera, ¿comprende?

—Pero ¿cómo ha sido?

—Parece que un taxi ha embestido su bicicleta, no sé exactamente cómo fue, pero...

—Ya lo entiendo, ya, no hace falta que siga —dice Núria mientras me pone una mano sobre la pierna; nota que no puedo contener el llanto.

—Bien, a pesar de todo hemos tenido suerte, porque no hay hemorragia interna. Lo que sí hay es un edema cerebral que desgraciadamente habría que operar. Y no quiero extenderme más porque el tiempo apremia. Ésta es la situación. El hecho es que

Maria está inconsciente, y por eso es necesario que el familiar más próximo autorice la operación.

—Pues... —titubea Núria. Debe de sentirse inútil y llena de rabia.

—¿Tú cuantos años tienes? —pregunta el médico mirándome.

—Diecisiete —le contesto algo más tranquila.

—Entonces habrá que llamar a alguien. ¿Sus padres viven?

—Su madre sí.

—Pues llámenla, por favor. Pueden usar este teléfono.

—Ya la llamo yo —digo mirando a Núria.

Viernes, 17 de julio de 1992

El abuelo Bernat me recomendó venir a acampar a este pueblo.
—Si lo que queréis es acampar y estar tranquilos con las guitarritas y todo lo demás, seguro que os encantará. Id al ayuntamiento y decid que estáis acampados allí y listos. Tenéis una fuente para lavaros la cara y cuatro árboles que dan sombra.

Mientras plantamos las dos canadienses, Montse insiste diciendo tu abuelo sí que ha acertado, aquí se está de muerte. Montse lo hace sabiendo que lo que más me ilusiona de lo que está diciendo son las palabras «tu» y «abuelo» referidas al padre de Núria, porque desde que conté lo de mis madres se debe de notar que estoy mucho mejor. No me acostumbro a esta nueva normalidad. De repente todo ha cambiado sin cambiar. Hay algo mágico en el hecho de haber revelado mi gran secreto y haber comprobado maravillada que todo sigue exactamente igual que antes. No comprendo cómo puede ser tan fácil vivir tranquila.

Pere me pregunta cómo es que mi abuelo conoce este sitio.

—Es muy aficionado a la montaña —contesto desde el interior de la tienda, mientras coloco las barras que hacen de co-

lumnas—. Ahora ya es algo mayor, pero hasta hace poco todavía daba grandes caminatas y nos ganaba a cualquiera de nosotros. Desde que murió mi abuela, se ha dedicado más a la vida contemplativa. —Salgo de la tienda y me calzo las sandalias—. Dice que había venido a acampar aquí más de una vez, con amigos y eso.

Montse propone que Xavi y yo durmamos solos en la canadiense pequeña. Los interesados asentimos inmediatamente. Pere silba tarirotarirooo y Marçal suelta un calla, calla, que ésta lo que quiere es distraer a Carla para tenernos a nosotros dos para ella sola. Todos se ríen y Montse, para seguir con la broma, pone cara de cabreo.

Entre que acabamos de plantar las tiendas, merendamos, guardamos las mochilas, desplegamos los aislantes, ponemos los sacos encima, vamos al ayuntamiento y volvemos, empieza a anochecer.

—¿Alguien tiene hambre? —pregunta Xavi.

—Ostras, yo sí, tío —dice Pere.

—¿Comemos algo? —añade Marçal.

—Alguien compró galletas en el súper, ¿verdad? —pregunta Montse frotándose las manos.

—¿Y si preparamos la cena? —digo, siempre racional y organizada.

Todos aceptan, y preparamos unos espaguetis con tomate frito, atún y queso rallado, un plato que siempre me ha parecido de menú del colegio. De postre, Pere saca el hachís; algunos fuman y Xavi coge la guitarra y empieza a tocar. Después intenta enseñarme a tocar colocándome los dedos uno a uno, y al final

digo, divertida, que será mejor que me limite a cantar. Marçal canta las segundas voces y Pere y Montse intentan seguir el ritmo golpeando con los tenedores en los platos metálicos. A las dos de la madrugada ya no nos quedan ganas de nada y nos vamos hacia las tiendas.

Entonces, en la supuesta intimidad de la tienda, cuando aún estamos vestidos y acabamos de descalzarnos, Xavi me suelta eso de tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué es?

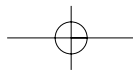
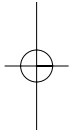
—Te he compuesto una canción —dice vergonzoso.

—¡Una canción! ¡Cántamela, por favor! Vaya, no sabía que componías canciones.

—En realidad es la primera.

—Seguro que es preciosa, venga, anda, cántamela.

Y empiezo a escuchar una canción sobre una mujer de paso firme y mirada dulce, valiente y transparente, que habla con fuego y ama despacio, que es roca y es flor. Al final, se oyen los aplausos y los silbidos de los tres vecinos indiscretos, y Xavi grita ¡Callaos, joder! Yo, que me he visto con lo ojos de Xavi, me quiero más y me siento merecedora de ese amor siendo como soy y siendo quien soy. Lloro y le digo a Xavi, que no entiende nada, que lloro de alegría. Y es la pura verdad.



Miércoles, 5 de febrero de 1992

Paso la tarde con los colegas del instituto, y no tengo ganas de nada. Ya me han preguntado ¿qué te pasa hoy, tía? unas cuantas veces, y yo ya he contestado que nada. Dada la confianza que nos tenemos, cualquier otra habría dicho que mis padres se han peleado y que tengo miedo de que se separen. Dicen que estamos en aquella edad en que uno cree que lo sabe todo pero aún no relativiza nada, y cuando ves a tus padres de morros te piensas que el mundo se acaba.

Estamos en la plaza Urquinaona, los dos, Xavi y yo, sentados en un banco, con los pies rebeldes en el asiento, y los otros tres de pie frente al banco. Botas altas y negras de cordones infinitos, vaqueros rotos con todo cuidado y jerséis de lana de muchos colores. Montse propone ir a tomar un café.

—Yo no voy —afirmo sin mover un músculo.

—Venga, mujer, pero ¿qué te pasa hoy?

—Nada.

—Ya.

—Me voy a casa —digo al levantarme.

—Espera —suelta Xavi, cogiéndome del brazo.

Montse ya sabe que estoy colada por Xavi. Y no porque le mire una y otra vez, ni porque me ponga nerviosa cuando él está cerca, sino porque cuando ella se queda a dormir en casa, que es a menudo, cojo la almohada y le doy besos diciendo ¡Oh! ¡Xavi! ¡Xavi! Y las dos nos echamos a reír. Entonces Montse dice estás loca y yo contesto mira quién habla. Y los sábados de madrugada, desde las camas paralelas, tenemos largas conversaciones; nos desnudamos el alma, aunque yo siempre guardo mi pequeño gran secreto.

—Bueno, pues nosotros nos vamos.

—Si queréis venir, estaremos ahí enfrente —dice Pere.

Se alejan hacia el paso de peatones y vuelvo a sentarme. Sé que Xavi me preguntará qué me pasa y yo no podré contestar a esa pregunta. Pero hay un silencio larguísimo. No nos miramos. Él se mueve un poco a la derecha y se queda pegado a mí. Después, sin dudar, me pasa el brazo por detrás de los hombros y de pronto empequeñezco y empiezo a llorar sofocadamente y, avergonzada, intento esconder la cara en su pecho. Él me levanta la cabeza y con la otra mano me seca las lágrimas. Va bebiéndose mi soledad a cambio de coraje.

—¿No quieres hablar?

—Es que no te lo puedo explicar.

—Seguro que no es tan horrible.

—Es que no puedo.

—¿Qué quiere decir que no puedes?

—Es que no sé cómo decirlo.

Y pienso que no es que no sepa cómo decirlo, es que sencillamente no sé decirlo, porque nunca lo he dicho, porque no se

puede decir, porque es un secreto que no se puede contar. Porque a ver, ¿qué hay que decir antes de contar que a la hora de comer Núria se ha enfadado con Maria y se ha ido dando un portazo, y que ahora tengo miedo de quedarme sin familia? ¿Qué hay que decir? ¿Que mi madre es lesbiana? ¿Que tengo dos madres? ¿Cómo explico eso que no se puede explicar, que me dijeron que no explicara nunca porque la gente no lo entendería?

Hace sólo tres días que les pregunté a mis madres si podía contarle a Montse que eran pareja, porque viene mucho a casa, y hablamos mucho y nos tenemos mucha confianza y nos lo contamos todo, y a veces no sé cómo darle la vuelta a las historias que le cuento para no decir eso. Maria puso el tapón al bolígrafo rojo de las correcciones y dijo claro que se lo puedes contar.

—De todas formas —comentó Núria levantando la vista de la camisa que planchaba—, creo que Montse ya lo debe de saber.

—¿Por qué tendría que saberlo? —pregunté extrañada.

—Mujer... su madre hace años que viene a la tienda, y nos conoce desde hace mucho tiempo. Me parece una persona abierta y con la cabeza clara, y supongo que debe de habérselo imaginado. Y, sabiendo que su hija viene tanto por aquí, le habrá comentado algo...

Me quité un peso de encima, al pensar que ya no tenía que soltar aquello que no había de contar porque la gente no lo entiende.

Y ahora estoy aquí, donde tanto había deseado estar, pero en esa situación en la que nunca pensé verme. Entre los venga, va, mujer y los no puedo ha pasado un rato inacabable. Vemos a nuestros tres amigos salir del bar y, mientras Pere y Marçal se esperan, Montse cruza otra vez por el paso cebra hacia nosotros.

—Eh, nosotros ya nos vamos a casa, que todavía tenemos que estudiar. —No hace ninguna broma sobre el hecho de vernos allí, medio abrazados, medio atornillados—. ¿Os quedáis?

—Sí... por mí sí —dice Xavi.

—Sí, sí —digo yo también.

Entonces Montse se da cuenta de que estoy llorando y pone una mano sobre mi rodilla.

—Eh, pero ¿qué pasa? ¿Estás bien?

Y pienso que si Montse se va, ya no seré capaz de decir ni una palabra más.

—No te vayas.

—Vale, no me voy... pero tranquila, mujer. Espera, que les digo que se vayan. —Corre hasta el semáforo y desde allí, grita hasta el otro lado del paso cebra—: ¡¡¡No me esperéis!!! ¡¡¡Me quedo un rato!!! —Vuelve al banco, pero no se sienta. Se queda de pie delante de mí, con las dos manos sobre mis rodillas.

Cojo aire. Pienso que ahora diré Montse y todo lo demás, pero no digo nada.

—¿Qué? —pregunta mi amiga.

—Nada, no he dicho nada.

—¿Qué íbas a decir?

—Nada. —Miro las manos de Montse en mis rodillas—. Díselo tú.

—¿El qué?

Silencio. Xavi sigue abrazándome y yo tengo la cabeza baja.

—Carla... —insiste mi amiga.

—¿Qué?

—¿Qué quieres que le diga?

—Lo que tú ya sabes.

—Pero ¿el qué?

—Núria dice que tú lo sabes.

—¿El qué? —pregunta sin impacientarse.

—¿No sabes qué quiero decir?

—Supongo que sí. —Qué suerte tener esta amiga tan perspicaz, pienso, y empiezo a sentirme aliviada.

—Pues, díselo, por favor —insisto yo.

—¿Y si no es eso?

—Sí que es eso; díselo.

—¿Eso de tu madre? —Gracias, Montse. ¡Eres grande! Ahora sí que me siento aliviada.

—Sí.

—Si ya debe de saberlo...

—¿El qué? —pregunta Xavi.

—Pues que... —Ella tampoco encuentra las palabras. Realmente no debe de ser tan fácil.

—Díselo.

—Pues que su madre y Núria... —Ahora es Montse la que se mira las manos sobre mis rodillas— ... pues que no sólo son amigas. —Para él es algo nuevo. De momento se queda sorprendido, con cara de darle vueltas al coco—. Quiero decir que son pareja.

Para Xavi debe de haber sido una sorpresa, pero yo siento como si se me ensancharan los pulmones. No levanto la cabeza porque estoy avergonzada. Pero de pronto siento que el mundo es una esfera ligera bajo mis pies, y Montse es una diosa libertadora que ha expulsado de mi interior aquella mancha negra de mi alma, que mantenía siempre oculta para que nadie pudiera verla.

—Ya lo sabías, ¿verdad? —le pregunto a Montse.

—Sí, claro.

—Núria me dijo que te lo habría dicho tu madre.

—No.

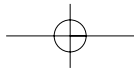
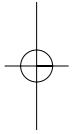
—¿No?

—No, me lo imaginé yo.

—Vaya...

TERCERA PARTE

Madres



Miércoles, 2 de octubre de 1991

Carla había dicho que de acuerdo, pero que, por favor, no se enteraran sus compañeros. Núria lo entendía, y más teniendo en cuenta que a Carla la habían educado en la discreción máxima. Pensó que quizá entre todos habían hecho de Carla una mujer apocada, pero enseguida desechó la idea, diciéndose que a los quince años ser aceptado en el grupo es el bien máspreciado, y por lo tanto el miedo al rechazo es más fuerte que nunca. A esa edad ella misma se ponía faldas muy largas para esconder aquel lunar en la pierna que hoy, mira por dónde, a María le parecía tan sugerente.

—Ve tú, por favor, María —oyó decir a su hija.

—Pero ¿no ves que no puedo? —contestó la otra mientras vaciaba las bolsas de la compra ante la nevera abierta.

—Pero ¿por qué?

—¿No te he dicho ya que me iré de colonias con los niños de la escuela?

—¿Y no puedes renunciar?

—¿A las colonias o a la entrevista?

—A las colonias.

—¡Ni hablar! ¡Y ayúdame, anda, no te quedes ahí mirando!

—Vale. —Empezó a vaciar las bolsas enseguida—. ¿Y papá?

—Ya sabes que estos días está de viaje. Y, además, nosotras vivimos mucho más cerca del instituto y Núria puede ir. No se hable más.

—¿Y no podemos cambiar la fecha de la entrevista? Si queréis mañana le digo a Neus...

—No, Carla, no seas pesada. Además —bajó el tono de voz—, yo creo que a Núria le hace ilusión... —En aquel momento Núria entraba en la cocina y Carla empezó a desmoronarse.

—Pero es que me muero de vergüenza.

—Pues mira, habladlo entre vosotras —se desentendió María.

—Venga, va, guapa, que me hace ilusión ir de mamá, no lo he hecho nunca... —Le dijo Núria cogiéndola por los hombros—. Yo también quiero presumir de hija, que todas las flores se las lleva siempre ella. —Y señaló a María con fingido rencor.

—Vale, pero que no se enteren mis compañeros, que me muero.

Tenía cita con la tutora a la una y media, después de las clases. Había pensado ir al instituto por otro camino para evitar encontrarse con Carla, pero le pareció una exageración. Y después se arrepintió al cruzarse con ella y su grupo de amigos.

—Hola —les saludó.

—Hola —le dijo su hija.

—Hola, Núria —dijo Montse.

—Hola —dijeron los demás.

—¿Vas a casa? —se interesó Núria.

—Sí —dijeron unos, mientras el resto asentía educadamente.

—¿Ha ido bien la mañana?

—Sí, sí.

—Bueno, Carla, nos veremos en casa, ¿verdad? Yo ya me voy, no quiero llegar tarde.

—Adiós, adiós —contestó Carla deprisa.

—Adiós.

Sabía que en aquel momento su hija estaría mintiendo a sus compañeros. Podía imaginar la conversación:

—¿Adónde va Núria? —preguntaría Pere, por ejemplo.

—A comprar, me parece —contestaría ella.

—¿No cierra la tienda a las dos? —diría Montse, que siempre lo sabía todo.

—Sí, pero mi madre no está y tiene que ir ella a la compra...

—¿Y por qué no vas tú a la compra? Si me lo hubieras dicho, te habría acompañado... —podría estar diciendo Xavi, y Carla enrojecería, pobre; lo que le faltaba. Y él notaría que la había puesto nerviosa y, para cambiar de tema, añadiría—: Y tu madre, ¿dónde está?

—De colonias, con la escuela.

—Pero ¿no tenía hoy la entrevista? —diría Marçal.

—Sí, pero ya le dije a Neus que no vendría.

—Pero si no se lo has dicho...

—Pero si hoy te dijo Neus delante de todos que esperaba a tu madre...

—Pero si Núria tiene un súper delante de la tienda...

—Si eres Neus Gallart, sí.

—La misma. Perdona que no te dé la mano. Un momento que abro y dejo todo esto. Adelante, pasa. —Dejó las cosas sobre la primera mesa—. Ahora sí —dijo, mientras le tendía la mano—. ¿La madre de Carla?

No había ensayado aquella respuesta.

—Pssí...

—Maria, ¿no?

—Nnnno... Núria. —Notaba que Neus hacía esfuerzos por entenderlo. Sería entonces o nunca. Tenía que decirlo. Aquello resultaba más difícil de lo que había imaginado—. Soy su compañera... La compañera de la madre de Carla, quiero decir. Bueno, he venido yo porque en realidad... pues, me siento tan responsable de su educación como su madre... La siento como hija, quiero decir. Y como hoy María no podía venir... —Ya estaba dicho.

Neus apenas tuvo un lapso de cuatro segundos, durante los cuales levantó casi imperceptiblemente las cejas mientras, concentrada, fijaba la vista en algún punto perdido.

—¡Aaah! —exclamó mirándola de nuevo. Y ensayando la sonrisa más amplia que tenía añadió—: Ya. Comprendo. —En los ojos de la otra, Núria vio de forma evidente que sí, que lo entendía. Le costó no echarse a llorar al destensar todos los nervios que tenía acumulados, pero le ayudaron a no hacerlo unos pocos que le quedaron.

—Me alegro —dijo Núria.

—Pues Carla no me había dicho nada.

—Es que me parece que está en una edad...

—Claro. Pues tenéis una hija estupenda...

Fue entonces cuando se le ensanchó el alma, tanto, que aquel cuartito se le quedó muy pequeño. Nadie nunca, nunca, nunca le había dicho con aquellas palabras que ellas dos tenían una hija estupenda. En realidad, nadie le había dicho nunca que ellas dos tenían una hija.

—Gracias.

—De nada, mujer. Es la pura verdad.

Sábado, 16 de enero de 1988

Núria no sabía cómo sacar el tema.
—Pues os hemos invitado a cenar porque queríamos comentaros una cosa.

Menos mal que Maria se decidió justo antes de los postres, después de que Albert y Teresa se cansaran de hablar de su viaje a Portugal.

—¿Por fin estáis embarazadas?

—¡No, no, qué va! Desde que dijiste que no nos prestas a Albert, lo descartamos. —Todos rieron con ganas—. Sí, al final sí que lo hemos descartado, porque la verdad es que ninguna de las dos tiene ganas de acostarse con los posibles candidatos, y no sabemos si ellos aceptarían. —Seguía riendo—. Quizá a Núria le apetecería con mi hermano, Martí, pero en este caso soy yo quien no lo permite. —Núria se puso colorada y los cuatro volvieron a echarse a reír—. Un día dijo que Martí no le desagradaba del todo —continuó, dándole un codazo cómplice a su compañera.

Núria se puso de pie riendo aún y dijo que ya era hora de servir los postres. Retiró unos cuantos platos y Maria se levantó

enseguida para ayudarla. En la cocina se dieron un beso rápido mientras una sacaba de la nevera el pastel de chocolate y la otra buscaba platos y cucharillas.

—¡Anda, daos prisa, que nos tenéis en ascuas! —se oyó gritar a Teresa desde el comedor.

—Ya vaa....

Volvieron enseguida al comedor.

—¡Vaya, qué buena pinta tiene esto!

—Lo he hecho yo —proclamó Núria con orgullo.

—Es una artista —añadió su pareja mientras le acariciaba la mejilla.

Núria cortó y repartió el pastel despacio, mientras los demás la seguían con la mirada.

—Entonces, ¿qué nos teníais que contar? —preguntó Teresa sin levantar la vista del pastel.

—Pues... que sí, que estamos pensando en volver a ser madres. —Otra vez era Maria la más valiente, o al menos la más rápida—. Pero estamos pensando en la adopción.

—¡Caramba, qué noticia! —exclamó Albert, visiblemente entusiasmado—. Y nosotros aquí hablando del tranvía de Lisboa.

—Ya ves —le respondió su mujer mientras cogía su plato de pastel.

—Es que... no sabíamos cómo decirlo, y la verdad es que le estamos dando muchas vueltas. Mmmm, ¡esto está delicioso, Núria! De hecho, habíamos pensado en olvidar el tema, pero queríamos otra opinión, saber cómo lo veis vosotros desde fuera.

—¡Sí que está bueno, sí! Te felicito, Núria.

—Gracias.

—Pero ¿ya habéis hecho alguna gestión?

—Pues sí, pero es un follón.

Durante la hora siguiente, entre chocolate, cafés, algún licor y algún que otro cigarrillo, Núria y María les pusieron al día.

Bastaba con un informe favorable de la asistente social de los entes públicos que gestionaban las adopciones. En este caso, evidentemente, sólo una de las dos podía seguir adelante con la adopción, como si se tratara de una mujer soltera. Habían decidido que lo haría Núria, dado que María ya era la madre legal, en tanto que biológica, de Carla. Desde el principio, puesto que Núria insistía en la adopción internacional, la asistente social le recomendó que lo intentara en Colombia. Aseguraba que, si bien ya había unos cuantos países donde el proceso era bastante transparente, Colombia era el que aseguraba mayor eficacia; se trabajaban los expedientes con seriedad y se cumplían los plazos. Le recomendaba que escribiera una carta a Margarita Restrepo, responsable del Servicio de Adopciones del Ministerio de Asuntos Sociales de Colombia. María dijo que ella se encargaría de redactar la carta en nombre de Núria, se lo tomó como una responsabilidad personal y, después de muchos borradores, correcciones y lecturas y relecturas por parte de Núria y Carla, la carta quedó así:

Barcelona, 10 de octubre de 1987
Sra. Margarita Restrepo
Servicio de Adopciones Internacionales
Ministerio de Asuntos Sociales de Colombia

Querida señora:

Mi nombre es Núria Monrós Ferrer. Vivo en un buen barrio de Barcelona y trabajo al lado de casa, en una tienda de ropa. Se trata de un comercio de mi propiedad que inauguré hace diez años. Soy una mujer soltera y estoy empezando a tramitar una posible adopción internacional desde Barcelona. El hecho de no estar casada y mis inmensos deseos de ser madre me han llevado a tomar esta decisión. Incluso en el caso de estar casada pensaría que, habiendo tantos niños en el mundo sin familia, es más justo irlos a buscar que engendrarlos. La lista de espera para adoptar niños en nuestro país es larga y, además, hay muchos niños de otros países con el mismo derecho a encontrar una familia. Éste es el motivo por el que me dirijo a usted como responsable de las adopciones en su país, con la intención de que tenga en consideración mi petición.

Atentamente, quedo a la espera de su respuesta,

NÚRIA MONRÓS FERRER

—Vaya, qué convincente... Está bien eso de que hay que ir a buscarlos en lugar de engendrarlos —dijo Teresa, en tono de burla.

—Carla dijo lo mismo, que soy blanda y sensibilera. Pero ¿qué le vamos a hacer? —se defendió María—. Se trata de que nos den un niño, ¿no?

—Claro que sí, mujer, está muy bien.

—¿Y han contestado? —preguntó Albert.

Núria negó con un gesto rápido con el brazo.

—¡Qué va! Hemos estado dos meses esperando la respuesta. Fui a hablar otra vez con la asistente social. Y va y me dice:

—Puede que la hayan desestimado por ser soltera.

—Claro... —le contesté. Yo ya estaba desanimada. Tenía ganas de decirle no soy soltera, señora, y si no estoy casada es porque no me lo permiten; es más, tengo una hija con otra mujer, que está creciendo sanísima. Y que aún sería más sana si no fuera por esta puta mierda de mundo y de leyes y de gente estúpida. Respiré hondo para calmarme. Si me descartan por soltera, cualquiera les cuenta que soy lesbiana. Intenté olvidarme de la rabia y escuchar lo que me decía.

—Pues, si quiere, le puedo dar el teléfono de una abogada. Tramita adopciones con la República Dominicana —y bla, bla, bla.

Cogí la tarjeta sin demasiado interés y pensé que no había nada que hacer.

—¿Y habéis ido a la abogada? —se interesó Teresa.

—Sí, sí. Al final, sí.

La abogada tenía el despacho en la calle Mallorca. Sólo pedía un informe favorable de la asistente social y dos millones de pesetas para gastos de manutención de la criatura, que estaba a cargo de una fundación. Dijo que, bien mirado, es lo que vale un coche. Como diciendo que tampoco era para rasgarse las vestiduras. Aquella mujer te traía personalmente el niño o la niña desde Santo Domingo. No, no, usted no puede ir a buscarlo. Yo se lo traigo en menos de un año.

—Aquello no nos gustó nada, sonaba a tráfico de niños o algo parecido. Así que volví a la asistente social y le dije lo que pensaba. Al principio le pareció que la culpaba, por encubridora, pero no era ésa mi intención. Yo sólo quería... ponme un poco más de café, cariño... yo sólo quería avisarla. Me parece que al final me entendió y dijo que nunca más haría informes para los clientes de aquella abogada. Y éste es el punto en el que estamos ahora. Ya no sabemos qué hacer.

—¡Vaya, qué historia! —comentó Albert, que parecía totalmente concentrado.

—Pues ya veis...

—¿Qué os parece? —preguntó María a sus amigos.

—¿No puede intentarse en algún otro país?

—Supongo, pero es que ya hemos tenido que descartar las dos primeras propuestas de la asistente social...

—Y encima —añadió Núria—, antes de redactar el informe tienen que venir a casa a entrevistarme, hacerme un montón de preguntas, saber con quién vivo, preguntar quién es quién y, la verdad, no sé muy bien qué hacer.

—Lo vemos un poco negro —insistió María.

—Es que no lo tenéis nada fácil.

—Quizá haya que esperar un poco. A lo mejor dentro de unos años...

Jueves, 27 de noviembre de 1986

En el colegio, Carla sufría por una niña porque no tenía padre. Se llamaba Berta y hablaba poco. Nunca se había interesado por ella hasta que una mañana, en el patio de la escuela, hablando, hablando, salió el tema y se lo contó. Berta dijo no tengo padre. Y Carla, con sus diez años, no entendía nada.

—Pero ¿qué quieres decir? ¿Se fue?

—No.

—¿Se murió?

—No.

—¿Entonces?

—Que no tengo.

—¿No has tenido nunca?

—No.

—¿Y no sabes quién era?

—No.

Y Carla pensaba en la pobre Berta, y en la pena que le daba la expresión de su cara mientras lo contaba, pues no había manera de saber si sufría o si le daba igual. Y no entendía cómo po-

dían haber ido juntas tantos años a la misma clase, sin que ella supiera aquello tan gordo que le pasaba a Berta, la pobre. Ahora, bien mirado, se sentía capaz de decirse a sí misma que lo suyo no era nada. Porque lo suyo, incluso en el fondo más hondo de su conciencia se había convertido en algo así como que mis padres están divorciados. Y con aquello ella se sentía especialmente rara, o aún mejor, extrañamente especial. Extrañamente porque eso era medio verdad, medio mentira. Y especial porque tenía la suerte de pensar que eso era moderno y de izquierdas. Se había arropado tanto en esa coraza gruesa de hija de divorciada liberada que no se daba cuenta de que mentía al decirlo, y sufría profundamente por su compañera, que llevaba encima la losa de tener que decir no tengo padre. No se daba cuenta de que a ella le temblaba la voz cada vez que hablaba de su querida madre, mami, mamita Núria, y añadía: es la amiga de mi madre. Ni notaba aquella arista clavada en la garganta cuando acababa hablando de Núria con tapujos, a escondidas, diciendo mi madre, para no complicarlo más. Ni sentía cómo se le iba deteriorando la confianza en sí misma a base de imponerse el no ser ella, de reservarse aquella parte complicada de la vida que no le pertenecía, pero con la que tenía que cargar sin pereza, haciéndose la fuerte desde siempre, creyéndose fuerte, pensando aquí no pasa nada, sabiendo que tenía una familia estupenda pero que ellos no lo entenderían, ignorando que una pena inmensa la iba engullendo. Era la pena de sentir que no la querrían si se enterasen. Y aquello era como una niebla que la abrazaba y la ahogaba y le susurraba que engañaba a todo el mundo, que no era sincera, que recibía aquel trato de la gente sólo porque mentía.

Aquella tarde la madre de Anna las fue a buscar a las dos al colegio. Habían quedado en hacer los deberes y jugar en casa de Carla. Cuando Carla veía a la madre de Anna siempre pensaba que aquella mujer la consideraba un bicho raro porque un día le había preguntado:

—¿No le llamas mamá a tu mamá?

—No, porque a ella le gusta más que la llame Maria. Y a mí también me gusta más.

La madre de Anna las dejó en el zaguán y ellas subieron solas a casa de Carla. Anna hizo todas las preguntas del repertorio clásico: ¿Quién es aquella de la foto? ¿Y vive aquí? ¿Dónde duerme? Y Carla tenía respuesta para todo.

Maria llegó enseguida. Las ayudó con los deberes y después tuvo paciencia con el volumen del radiocasete. A las siete y media le dijo a Anna que era hora de marcharse a casa y, como vivía muy cerca, Carla dijo que la acompañaría andando.

De camino a casa de Anna, ella le propuso que subiera un rato a jugar a su casa. Tengo otro disco de Mecano, supernuevo, que se llama *Entre el cielo y el suelo*, dijo. A Carla le apetecía ir y pensó que era más rápido avisar a Núria que a Maria. Cruzó la calle. Su amiga la seguía. La tienda estaba tranquila; un par de clientes mirando y revolviendo prendas en oferta. Núria las recibió con una gran sonrisa, y dijo tú debes de ser Anna. Hubo unos cuantos besos y Carla dijo que subía un momento a casa de Anna. Núria dijo que ni hablar, y ella que por favor, sólo un rato. La madre se puso seria y dijo que era muy tarde y que luego no serían horas para volver sola, que ya era de noche. Carla aceptó

la negativa con las cejas y los labios tensos, y dijo que de todas formas la acompañaría hasta el portal, que ya habían quedado así con María. Núria dijo vale, pero vuelve enseguida; cierro y nos vamos juntas a casa.

En cuanto salieron de la tienda, Anna preguntó todo lo que Núria ya había pensado que preguntaría Anna en cuanto salieran de la tienda.

—¿Y ésta por qué te manda si no es tu madre?

Carla se encogió de hombros y no dijo nada. Respondió con monosílabos a todas las demás preguntas. Después volvió a la tienda; Núria no entendió al principio por qué Carla apenas parecía enfadada con ella, ni por qué le cogió de la mano en el camino a casa. Sólo lo entendió todo al oír a Carla que decía:

—¿Sabes qué me ha preguntado Anna?

—¿Qué te ha preguntado?

—Que por qué me mandas, si no eres mi madre.

—Ya sabía yo que haría esa pregunta.

—No la invitaré nunca más.

Miércoles, 5 de agosto de 1981

Sentía sobre la palma de su mano izquierda la suavidad del terciopelo. Qué poco pesaba Carla, flotando, boca arriba, sobre el agua salada. Llevaba una braguitas aterciopeladas de color fucsia con unas flores blancas y amarillas minúsculas. Nuría la sostenía como si fuera una bandeja frágil; una mano sosteniendo el trasero, la otra debajo de los hombros. La niña tensaba el cuello para aguantar el peso de su cabeza intranquila.

—Baja la cabeza, cariño, no tengas miedo.

—Es que me da miedo.

—Tú tranquila, que yo te sujeto.

—No me sueltes, ¿eh?

—Que no, mujer... —Y Carla, deslumbraba por el sol, cerraba los ojos—. Muy bien. Y ahora mueve los pies. Más fuerte, a ver cuánta espuma haces.

—¿Así?

—¡Muy bien! —Carla, animada con el movimiento de los pies, de golpe tragó un poco de agua; se atragantó y tosió—. ¡Eh, eh! —Y su madre la cogió y la abrazó. La niña, con las pier-

nas, se agarró fuerte a la cintura, y con los brazos, se aferró al cuello de Núria mientras seguía tosiendo—. Ya está. —La sacó del agua y la llevó hacia la playa.

La niña vio a Maria tumbada al sol; dejó de toser, se soltó de los brazos de la otra y se alejó corriendo y gritando:

—¿Me has visto? ¿Me has visto nadar?

—¡Claro que te he visto!

Y Carla empezó a contárselo todo, gesticulando. Cómo había que poner el cuerpo y cómo había que mover los pies. Maria escuchaba con atención y entusiasmo y Núria las miraba, feliz.

Luego se tumbaron a tomar el sol y a aguantarse las ganas de tocarse mientras Carla jugaba un rato en silencio con el cubo, sentada en la arena. El sol era cada vez más fuerte y de repente Maria dijo que necesitaba refrescarse.

—¡Y yo! —se apuntó Carla.

—Pues yo también voy —se apuntó Núria.

—¿Y me enseñarás más?

—De acuerdo.

Se metieron las tres en el agua: Carla corriendo, arrastrando a Núria de la mano; Maria, a quien le costaba más acostumbrarse al agua fría, las seguía despacio.

—Venga, Carla, enséñame eso que has aprendido, que ahora desde aquí lo veo mejor.

—¡Ya verás!

Y la hija se quedó mirando a Núria con actitud expectante. Entonces Núria la cogió y la tumbó sobre el agua, poniéndole la mano izquierda bajo las nalgas, la derecha bajo la espalda. La niña echaba la cabeza hacia atrás y agitaba las piernas estiradas.

—¡Muy bien! —la animaba María.

—Ahora sólo te pondré un dedo debajo de la espalda...

—Y entonces Núria desplazó la mano derecha hasta sujetarle la cabeza con los dedos y la espalda sólo con la punta del índice izquierdo—. Ahora levanta las piernas y muévelas como antes, así, muy bien. ¡Huy! Me parece que pronto serás una gran nadadora.

—¡Vaya, qué bien lo haces!

Y Carla se sentía como una princesa entre aquellas dos madres orgullosas.

Al acabar la demostración, Núria dijo que ella también quería nadar un poco y María le dijo a Carla, sube, que la seguiremos. Entonces María, como tantas otras veces, empezó a nadar estilo braza con la barriga de su hija apoyada en la espalda y los bracitos alrededor del cuello. María seguía a Núria y observaba su estilo armónico, casi artístico. Y oyó a Carla decir: cuando yo sea mayor nadaré tan bien como Núria. Y la otra también debió de oírla, porque al volver a la zona donde el agua no cubría le dijo:

—Ven, Carla, que te enseño a nadar como lo estaba haciendo yo, con la barriga hacia abajo. Ahora sólo te cojo con una mano, ¿vale? Así... —Y se colocó la suave barriga de la niña sobre la palma—. Ahora ándate con mucho cuidado, porque puede entrarte agua en la boca, así que ciérrala.

—Pero tú metes la cabeza dentro del agua.

—Sí, pero es que yo hace muchos años que nado. Lo de meter la cabeza lo practicaremos otro día, ¿vale?

—¿Mañana?

—Si hoy lo haces estupendamente, quizá sí. Además, todavía tienes que aprender a mover los brazos. De momento mueve las piernas como antes. ¡Muy bien!

Media hora más tarde, después de mover mucho los brazos y tragar mucha agua salada, cuando Núria consiguió convencer a su hija de que la lección se había acabado, Carla le preguntó si algún día lo haría tan bien como ella.

—¡Claro, mujer! Me parece que lo harás incluso mejor que yo.

—¿De verdad?

—Ya lo verás.

Sábado, 7 de febrero de 1981

Carla ya tiene cinco años y hace unos días me preguntó quién era el chico que me gustaba. Si era un actor o quizá un amigo. Ahora veo que es necesario contarle la verdad, pero la angustia es muy fuerte. Hablé con Núria del tema y nos dimos cuenta de que esta situación familiar afectará mucho a nuestra hija; no sé cómo no nos dimos cuenta antes. No conoce ni nosotras conocemos ningún caso parecido al nuestro. Y, siento decirlo, vivimos en una sociedad que no está demasiado, o mejor dicho nada preparada. Sabemos que existe la posibilidad, me asusta decir la certeza, de que rechacen a nuestra hija sólo por el hecho de pertenecer a una familia como la nuestra. Incluso ella, ¿cómo lo aceptará? ¿Cómo le afectará en sus relaciones? Hay que decírselo ahora. Si se hace mayor y descubre que le hemos escondido la verdad, tendremos un problema grave.

Anoche fuimos a hablar con nuestro amigo Toni. Es psicólogo. Supusimos que, siendo homosexual, nos comprendería mejor.

Él nos abrió los ojos y, al salir, me pregunté cómo era posible que me hubiera atormentado tanto al pensar si podía decirle a nuestra hija que nosotras dos, Núria y yo, somos pareja.

Él me tranquilizó muchísimo. En primer lugar nos dijo que, cuanto más pequeña sea en el momento de decírselo, mejor lo aceptará. Comentó que de ese modo se lo tomará con más naturalidad, antes de que esté demasiado condicionada por el entorno social. ¿Cómo no me había dado cuenta de algo tan sencillo? Además, Toni nos comentó que los niños suelen ser buenos cómplices, saben guardar secretos, y son responsables.

Ahora estoy decidida a contárselo.

Maria apartó el cuaderno y pensó que tenía que decirlo sin solemnidad. Núria no estaba, y era mejor así. Habían decidido que fuera ella quien hablara con la niña. En aquel momento Carla jugaba justo frente al sofá donde ella estaba escribiendo, sentada en la alfombra; con unas cuantas piezas pretendía hacer una casa. Su madre estaba nerviosa; se imaginaba a la niña asustada o haciendo un montón de preguntas, sin entender nada. ¿Cómo empezar?

—¿Ya no escribes más? —se le adelantó su hija.

—No. ¿Qué haces?

—Una casa.

—¿Para nosotras?

—Sí. Y para Núria.

De pronto, su madre se sintió más ligera.

—Qué casa tan bonita —dijo sin poder evitar una sonrisa—.

A Núria también le gustará.

—Se la enseñaré cuando llegue. No me la toques, ¿eh? —Terminó y se levantó.

—Ven —dijo Maria, desde el sofá. Alargó los brazos e hizo

que la niña se acercara—. ¿Tú estás contenta de que Núria viva aquí?

Carla no se sorprendió por la pregunta y María pensó que quizá era cierto que los niños lo viven todo con naturalidad.

—Sí.

—Yo también —añadió la madre; y la niña la miró con las cejas ligeramente levantadas—. A mí me gusta mucho Núria.

—Ya lo sé.

—Y ella también me quiere... —Tenía que decirlo en ese momento—. Quiero decir que somos como novias, ¿entendes?

—¿Sois novias?

—Sí.

—¿Cómo un chico y una chica?

—Sí.

—¡Ah! ¡Ya! ¿Por eso dormís juntas? —María asintió con un gesto de la cabeza—. ¿Y os dais besos?

—Sí. Besos de novias.

—Ah... —La pequeña Carla se encogió de hombros—. ¿Y qué cenamos?

—Pues ahora veremos qué hay.

—Yo quiero sopa.

—De acuerdo. Pero oye: esto que te he contado es un secreto, ¿eh? —Sabía que a Carla ocultarlo no la haría feliz, pero sólo quería protegerla.

—¿Eso de que sois novias?

—Sí.

—¿No puede saberlo nadie?

—Sí, algunas personas sí. Hay personas que son muy amigas nuestras que sí lo pueden saber.

—¿Y papá?

—Bueno, sabes que papá y yo ya no... —La niña la interrumpió.

—No, ya, ¿pero lo puede saber él?

—Claro, él ya lo sabe. Pero tú no se lo cuentes a nadie, ¿de acuerdo?

—Sí. Yo a algunas amigas también les guardo secretos y no se los cuento a nadie.

—Muy bien.

Sábado, 25 de noviembre de 1978

El piso de Núria en el barrio de Gràcia era luminoso y pequeño, sin demasiadas paredes. Vivía sola, de alquiler. Hacía un año había empezado una relación que, con el tiempo, había ido echando raíces en su cabeza y en su corazón. Aquel fin de semana Carla estaba con Joan, y ellas dos habían aprovechado la mañana para encontrarse en el piso minúsculo y buscarse entre las sábanas inmensas. Se habían acariciado y besado por todas partes. Se habían buscado los puntos débiles y se habían encontrado en lo más alto. Y ahora, tumbadas en la cama, cara a cara, María enredaba entre sus dedos los rizos negros de Núria, y Núria enredaba sus pensamientos en los ojos color de otoño de María.

Con María yo quiero compartir la vida. Quiero hacer todo aquello que suele decirse y hacerse: levantarme con ella, prepararnos el desayuno, decirle adiós, amor mío, hasta la tarde, que tengas un buen día, y cenar con ella, y compartir las puertas y las paredes y las maletas y todo. Todo. Y la niña. Pero eso es demasiado. La niña es demasiado. Es su hija y ella decidió tenerla y criarla. No. Es pedir demasiado. Lo sé.

Yo con Núria iría y volvería de todos los rincones del mundo. Subiría a todas las montañas, bajaría al fondo de todos los océanos y volaría hasta la luna. Hasta Marte. Pero, eso sí: con Carla. Carla y yo somos una. Hoy por hoy somos inseparables porque es una cosita pequeña y preciosa que vive conmigo y de mí. Carla es la persona más importante de mi vida. Pasa por delante de todo. De todo. Porque la quiero y me necesita. Porque le di la vida para luego dárselo todo. Y nadie, aunque me fascine tanto como me fascina Núria, que cierra los ojos cuando me besa y es una reina del cielo, un hada del bosque, nadie me apartará de Carla. Qué maravilla sería saber que Núria quiere vivir conmigo y también con Carla. Qué contenta estaría la niña de compartir su vida con esta mujer a quien quiere tanto y que tanto echa de menos cuando no está. Sé que se quieren. Sé que Carla siempre se alegra de ver a Núria y sé que Núria siente cosas por Carla que no son muy distintas a las que siento yo. Pero pedirle a Núria que sea parte de nuestra familia es negarle el derecho de tener sus propios hijos en el futuro. Y ésa es una renuncia dolorosa que no puedo pedirle.

—¿Sabes una cosa? —Núria rompió el silencio, suavemente.

—¿Qué? —respondió Maria, sin dejar de acariciarle el cabello.

Hubo un corto silencio, para coger valor.

—Me gustaría vivir contigo.

Maria sintió que se iluminaba, sonrió y le contestó:

—Y a mí también.

—¿De verdad?

—Claro.

—Pensaba que no te gustaría la idea. Por la niña —titubeó Núria.

—En eso estaba pensando yo ahora.

—¿Sí?

—Sí —aseguró María—. Hace un rato estaba pensando justo en eso. Sé que la niña está encantada contigo. El otro día ya viste cómo lloraba cuando te ibas. Creo que está pidiendo a gritos verte más por casa.

—Sí —dijo Núria con incipiente orgullo de madre, recordando que a menudo la niña estiraba los brazos, buscándola—. Yo también estoy encantada con ella.

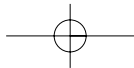
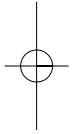
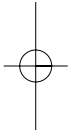
—Quizá te parecerá una tontería, pero para mí sería un triunfo que quisieras compartir conmigo esta hija, hacerle de madre, vivir con nosotras.

—Para mí también sería un triunfo... pero es pedirte demasiado. Es tu hija.

—Soy yo quien te pide demasiado. Sé que lo que te ofrezco no suple la experiencia de tener un hijo propio. Formar una familia conmigo y con Carla significa conformarte con menos de lo que podrías llegar a tener.

—¿Pero qué dices, mujer? —le contestó Núria, acariciándole la curva de la cintura con una ternura inmensa—. Eres tú quien me ofrece un tesoro. Mira, yo sé que Carla es lo que más quieres en el mundo. Decirme que te gustaría que también fuera hija mía es la cosa más hermosa que podías hacer.

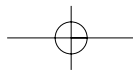
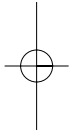
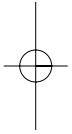
—Pues sí que me gustaría. Desde luego que sí.



Lunes, 30 de enero de 1978

— **J**oan, no sé por dónde empezar...
— Inténtalo, María.
— ...

Se abrazaron en silencio.



Viernes, 24 de septiembre de 1976

Las sábanas estaban mojadas, muy mojadas. Me desperté. ¿Qué pasaba? A los dos segundos el corazón me dio un vuelco: había llegado el momento, había roto aguas. El miedo intentó dominarme, pero no se lo permití. Miré el reloj: las seis de la mañana. Al levantarme, se desparramó a mis pies un charco de agua. Desperté a Joan.

Ya era de día cuando ingresé en el hospital. ¿Sería un niño o una niña? Hicieron salir a Joan y a mí me metieron en una especie de cabina que me impresionó. Nunca había visto nada parecido, ni siquiera sabía que existiera un lugar como aquél. Era una recámara minúscula separada del pasillo por un gran vidrio; sólo había una camilla y una silla. Yo, en la camilla con el gota a gota. En la silla, a mi lado, la comadrona. Tras examinarme, me dijeron que había dilatado poco y que me provocarían el parto.

Las horas iban pasando muy lentamente, tres centímetros, cuatro, cinco...

A lo largo de la mañana estuvo conmigo una comadrona encantadora y amable que me tocaba y me hablaba. Me distraía con preguntas: ¿Dónde vives?, ¿en qué trabajas? Y cosas pare-

cidas. La de la tarde era una mujer adusta que no me dirigía la palabra. Cuando, en un momento de dolor agudo, me aferré a su muñeca, me soltó con un grito: Oye, a mí no te cojas, ¿eh?

A mediodía me llevaron a hacer una prueba, un pH me parece que le llaman, y ya no volví a salir. No podía entrar a verme ningún familiar, sólo Joan, y sólo unos minutos. Cinco centímetros seis, siete... Todo se reducía a esporádicas contracciones acompañadas de fuertes dolores y un sueño profundo provocado por los tranquilizantes que me administraban desde el gota a gota. No sabía qué era peor en aquellos momentos: si soportar el dolor o no poder dormir por tener que soportarlo. El fantasma de la muerte llegó a rondarme el pensamiento, sólo un momento. Tenía ganas de descansar.

Ya era casi de noche cuando me dijeron que el bebé estaba a punto de salir y que finalmente me llevaban al quirófano.

Tumbada, con las piernas abiertas y levantadas sobre los caballetes metálicos, me hicieron un corte para facilitarnos el trabajo a mí y a la criatura. Aguanté las últimas contracciones contenta y feliz. El médico era joven y amable; decía venga, vamos, María, con más fuerza la próxima vez, que ya está aquí. Ya está aquí. Y yo, obediente, responsable, empujaba con todas las fuerzas que me quedaban. Salió con una rapidez increíble. Por un momento sentí un vacío inmenso en el vientre.

Se oyó una voz al fondo de la sala: ¡es una niña! ¡Qué alegría, una niña! Carla, Carla... ya había decidido el nombre. No podía verla y me moría de ganas. De pronto, una mano a mi derecha sujetaba de los tobillos y sostenía en el aire el cuerpecito de mi hija cabeza abajo. Dos cachetes en aquellas nalgas tan pe-

queñitas y un llanto infantil rompió el silencio. El parto se había acabado. Me sentí feliz.

La lavaron y pesaron: tres trescientos cincuenta. La envolvieron en una tela y me la acercaron. ¡Al fin! Quería tenerla a mi lado, verla toodo el tiempo.

El primer día en el hospital había transcurrido muy, muy lentamente, pero ahora todo parecía sucederse con rapidez. Nos sacaron del quirófano, ella dentro de su cestita pegada a mi cama, aunque a mí me parecía demasiado lejos. Mientras circulábamos por el pasillo, iban apareciendo distintas caras conocidas a nuestro alrededor. Todos querían conocerla. Joan se acercaba a mí y me besaba cogiéndome las mejillas entre las manos. Oía la voz profunda de mi madre, fascinada. Y por primera vez me sentí orgullosa de mi hija.

Seguimos la ruta hasta la habitación y nos quedamos solas. No permitían visitas hasta la tarde del día siguiente. Tenía el cuerpo destrozado y la soledad me deprimía. Ahora podría contemplarla en paz. Le miraba las piernas, las manitas, la boquita, los pies... y nos quedamos dormidas.

Al día siguiente, a lo largo de la mañana fui acercándome a Carla al pecho, pero no tenía intenciones de mamar. Parecía que le resultaba más cómodo beberse el biberón de suero. Con aquello le bastaba, pero a mí me daba rabia. Me habría hecho ilusión darle el pecho, sobre todo cuando miraba a la mujer de la cama de al lado, que había parido a su cuarto hijo y yo veía cómo el sinvergüenza se le cogía a aquellas mamas enormes sin vacilar. Qué envidia.

A las cinco por fin vinieron a vernos Joan y mis padres. Él

me traía un ramo de rosas a mí, y los nuevos abuelos un gran oso de peluche de color dorado, muy blandito, para Carla. Era más grande que ella. Mi madre me dijo que había sido idea de mi padre, que lo había comprado él. A las seis se fueron porque el horario de visitas era sólo de cinco a seis.

Durante el tercer día de hospital Carla seguía sin mamar. Deseaba que empezara pronto. Tenía muchas ganas. La verdad es que estaba animada porque el médico me había dicho que no me preocupara, que seguro que acabaría haciéndolo con normalidad, que no hacía falta darle nada, sólo esperar. Aquello me tranquilizó porque me imaginaba dándole leche artificial, ¡y de eso nada! Aunque por entonces estaba de moda que los niños no mamaran, para no perder firmeza en los pechos, yo pensaba que era una estupidez y sabía que era importante para su desarrollo.

Nos dieron el alta. ¡Genial! ¡Nos venían a buscar! La estancia en el hospital me había parecido larguísima. Física y anímicamente agotadora, insoportable.

Cruzamos la puerta de salida y tenía unas ganas inmensas de llorar. Tenía un nudo en la garganta que me presionaba cada vez más y, en silencio, aparecieron las primeras lágrimas. Me di cuenta enseguida de que lloraba de felicidad. La puerta me pareció enorme cuando al cruzarla, finalmente, salimos las dos al mundo.

Agradecimientos

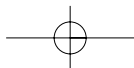
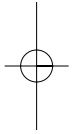
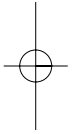
A mis madres y a mi padre, por enseñarme sus caminos y sus secretos. A los cuatro por quererme y por creer en mí, cada uno a su manera, complementándose.

A Maria del Puig por decirlo por primera vez. Y por ser ella misma.

A Edu por los ánimos y la paciencia con esta «literata».

A mi hermano Pau por enseñarme cómo se nace y se crece, y por toda su efervescencia. A mi hermana Marga por haberme acogido, y por toda la calma.

A Marc, a Joan, a Montse y a Pilar, del Grupo Literario Murmuriels, porque esta novela también es suya, y a Remei Raga por su amable ayuda.



Índice

Prólogo	9
---------------	---

Primera parte

SARA

Viernes, 14 de octubre de 2005	17
--------------------------------------	----

Segunda parte

CARLA

Sábado, 18 de junio de 2005	23
Jueves, 10 de junio de 2004	29
Viernes, 6 de junio de 2003	39
Viernes, 25 de mayo de 2001	43
Martes, 30 de marzo de 1999	49
Martes, 10 de septiembre de 1996	57
Jueves, 5 de mayo de 1994	63
Viernes, 17 de julio de 1992	69
Miércoles, 5 de febrero de 1992	73

Tercera parte

MADRES

Miércoles, 2 de octubre de 1991	81
Sábado, 16 de enero de 1988	87
Jueves, 27 de noviembre de 1986	93
Miércoles, 5 de agosto de 1981	97
Sábado, 7 de febrero de 1981	101
Sábado, 25 de noviembre de 1978	105
Lunes, 30 de enero de 1978	109
Viernes, 24 de septiembre de 1976	111
Agradecimientos	115

